GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Las dos coronas.



Lio Y.

Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tán amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.

Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.

El desengaño en un sueñ
Mas vale llegar á tiempo
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª p
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª p
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retir
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Arag
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antañ
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde m
Rivera.
El rigor de las desdichas
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duend
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor
Empeños de una vengan
¡Es un bandido!

LAS DOS CORONAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

Don Isidoro Gil.

Representada por primera vez en Madrid el 24 de diciembre de 1843.



MADRID:
IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, NÚM 6.
1844.

Se hallará en la librería de Perez, calle de Carretas.

PERSONAS.	ACTORES.
JORGE	*D. Pedro Sobrado.*
CRAMMER, *maestro de música del convento del Ave-Maria.*	*D. Antonio Guzman.*
PETERS.	*D. Mariano Fernandez.*
ADELAIDA. } *Educandas del convento.*	*Doña Teodora Lamadrid.*
SOFIA ..... } *Educandas del convento.*	*Doña Matilde Diez.*
NICWASER, *consejero áulico.*	*D. Luis Fabiani.*
EL DIRECTOR *de escena del teatro de Hannover. . . .*	*D. Lázaro Perez.*
UN PAGE.	*D. Lorenzo Paris.*
ACTORES. CRIADOS. PAGES.	

La escena pása en Hannover; el acto 1.º en 1709; el 2.º y 3.º en 1717.

Acto primero.

El teatro representa el jardin del convento del Ave-Maria. A la izquierda la entrada; al foro una gran puerta cerrada; tapia á la derecha, igualmente que en el resto del foro.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon no hay nadie en escena, y se oye dentro un coro cantado por mugeres.

Crammer. (*Mientras dura el coro.*) ¡Así, así! Voy á ver el efecto que hace de lejos... ¡Otra vez! (*Principia de nuevo el coro.*) ¡Bravo! (*Corre desde el sitio donde se coloca para oir, al bastidor donde se supone la música.*) No, no. ¡Piano, piano!... Eso es... ¡Fuerte ahora!... Mas... ¡Rum, rum! (*Se oye una flauta que acompaña al lado opuesto.*) ¡Maldita flauta! ¡Es mi sobrino Peters!... ¡Calla!... Vamos, hijas mias, pianísimo... ¡Ah, perro sobrino!... ¡Jesus, qué guirigay!... ¡No puedo mas!... ¡Calla, infame! (*Se tapa los oidos.*) ¡Ya te romperé yo la flauta en la mollera! (*Se destapa.*) ¡Gracias á Dios! El argumento de la mollera le ha convencido. ¡Bien va! ¡así, así! (*Recogiendo un papel de música que estaba en el suelo.*) ¡Magnífico coro! Hará un efecto sorprendente delante del Consejero áulico que debe presidir la solemnidad.

ESCENA II.

CRAMMER. JORGE. NICWASER.

JORGE. (*Oyendo las últimas palabras.*) Llegamos á tiempo.
CRAMMER. (*Volviéndose.*) ¿Eh? ¿quiénes son estos señores?
NICWASER. Quienes tienen, sin duda, la honra de saludar al señor Teodosio Crammer, organista, maestro de capilla y profesor de canto en este célebre convento del Ave-Maria.
CRAMMER. Vuestro servidor... Soy el mismo en persona con el himno de mi composicion, (*Enseñándosele.*) que ha de cantarse dentro de una hora en la funcion dispuesta para distribuir los premios á las colegialas. (*Canta.*) «De la gloria el laurel... el laurel...» (*Interrumpiéndose y aparte.*) ¿Quiénes serán estos señores?
JORGE. Vuestra composicion será el mas bello adorno de la fiesta.
CRAMMER. ¡Oh! A decir verdad... (*Canta.*) «El laurel... el laurel sacrosanto...» (*Interrumpiéndose y aparte.*) ¿Quiénes serán estos señores?
NICWASER. La alta reputacion de que goza el señor Crammer, corona dignamente la de este convento que es considerado como el primer colegio de Hannover para la educacion del bello sexo.
CRAMMER. Cierto; tenemos aqui jóvenes de las primeras familias, y de las casas mas opulentas.
JORGE. (*Con viveza.*) ¿Y cuáles de ellas son las mas lindas? (*Conteniéndose.*) es decir, las mas honestas.
CRAMMER. Caballero, la honestidad no entra en mis atribuciones. De música es de lo que yo puedo hablar; y si deseais saber cuáles son las mejores voces y las organizaciones mas esencialmente musicales...
JORGE. ¡Oh! no quiero daros esa molestia.
CRAMMER. Una hay sobre todo... que es mi discípula predilecta, mi Adelaida.—Pero, ya vereis, ya vereis en la fiesta á la que supongo estareis convidados.
JORGE. (*De pronto.*) Sí, sí... eso es... somos convidados.

NICWASER. ¿No hablabais hace poco de un consejero áulico, que debe presidir la distribucion?

CRAMMER. Sí... no tenemos el honor de conocerle aun, pero...

JORGE. Pues id á anunciar su llegada á la madre abadesa.

CRAMMER. ¿Qué? ¿Será posible? ¿Tengo la honra de hablar?... (*A Jorge.*) ¡Oh! señor consejero.

JORGE. (*Titubeando.*) No...

CRAMMER. (*Aparte.*) ¡Ah! vamos, será el mas viejo. (*Saludando á Nicwaser.*) Señor consejero...

NICWASER. (*Idem como Jorge.*) No...

JORGE. Vaya, maestro, id á avisar que hemos llegado.

CRAMMER. Voy volando. (*Aparte.*) ¡Ah! ya caigo; serán dos consejeros. (*Alto.*) Señores consejeros, tengo á sumo honor... (*Hace una profunda cortesía, y vase cantando.*)

De la gloria el laurel sacrosanto...

ESCENA III.

NICWASER. JORGE.

JORGE. ¡Já, já, já! ¡Qué hombre tan estravagante!... Me ha equivocado...

NICWASER. Conmigo.

JORGE. (*Con formalidad.*) Es mucha honra para mí. Pues, señor, gracias á vos, ya estoy dentro del terreno vedado. Si os remuerde la conciencia por el engaño...

NICWASER. Yo solo debo obedecer á...

JORGE. (*Interrumpiéndole y dándole la mano.*) Debeis complacer á un amigo, y os quedo agradecido. Vive Dios que este convento era para mí el jardin de las Hespérides. Cuando nos encontramos, hacia mas de media hora que me hallaba en medio del camino, inmóvil sobre mi caballo con la boca abierta y los ojos fijos... Muy ridículo debí pareceros, ¿eh?

NICWASER. ¡Oh, señor!

JORGE. No tengais rebozo en decirlo. Pero, amigo, estaba estasiado con la vista de un objeto que lo merece todo... Figuraos que acababa de ver en una de las ventanas del convento la muchacha mas linda que han admirado mis ojos, y con una voz que enagena. Hallábame arrobado

contemplándola y calculando de qué medio me valdria para entrar aqui, cuando ví llegar vuestro coche. Me conocisteis, me contasteis que veniais ex-profeso de la residencia para distribuir los premios á las colegialas; no habia mas que pedir, me agarro á vos y entro á vuestra sombra. Ahora falta lo principal, y es hallar á la bella educanda que...

NICWASER. Todas las colegialas deben asistir al acto... y probablemente la de la ventana tendrá tambien su premio.

JORGE. ¡Yo lo creo! Son todas de noble alcurnia, y no es cosa de desairar...

NICWASER. Y aunque no fuera mas que el premio de canto... (*Sonriéndose con malicia.*)

JORGE. El cual merece á no dudar (*Suspirando.*) Y vais á tener la fortuna de colocar en su cabeza, con vuestras mismas manos...

NICWASER. Una simple corona de flores.

JORGE. ¡Ah! (*Suspirando.*)

NICWASER. Y estampar al mismo tiempo un beso en su frente.

JORGE. ¡Hola! Y bien mirado, ¿por qué no he de ser yo?

NICWASER. ¿El que distribuya los premios?

JORGE. Por supuesto. Vos llegais ahora de la Residencia, y nadie os conoce como tampoco á mí. Ya habeis visto que ni aun el maestro de música, que es la persona mas mundana del convento sabia dar razon de cuál de los dos... Nada, es cosa hecha. Os usurpo nombre, título y atribuciones.

NICWASER. ¿A mí?

JORGE. A vos. Ya vereis qué bien me porto.

NICWASER. ¿Pero quiere V. A?...

JORGE. ¡Silencio! Aqui no hay alteza alguno.

NICWASER. Pero...

JORGE. Yo soy el respetable consejero Nicwaser. Os quito de encima treinta años, ¿qué mas quereis?

NICWASER. Es que... son muchachas... y como dicen...

JORGE. Que soy un calavera, ¿no es esto? que me enamoro en un abrir y cerrar de ojos, que soy un seductor. ¿Eh? son chismes de cortesanos. No hay que creer nunca la mitad de lo que se dice.

NICWASER. Pues aun con la otra mitad...

JORGE. En fin, aqui no hay que temer seducciones, y puedo

emplear en provecho de mis futuros súbditos de Hannover ó Inglaterra, mis ocios de príncipe heredero.

NICWASER. ¿Con que quereis?...

JORGE. Distribuir por mí mismo las coronas á esas muchachas para que pidan á Dios logre yo la mia con felicidad.

NICWASER. ¿Y si os descubrís sin querer?

JORGE. No haya miedo. Tomaré un aire muy contrito, y las diré: acercaos, hijas mias, y recibid mi bendicion. ¿Hay que echar arenga?

NICWASER. No señor.

JORGE. Pues entonces... Pero, ¡callad, que vienen! Ved qué lindo rebaño.

NICWASER. No puedo permitir...

JORGE. Yo lo mando.

ESCENA IV.

DICHOS. COLEGIALAS. *A poco* SOFIA. *Despues* ADELAIDA.

LAS COLEGIALAS. (*Salen precipitadamente.*) Sí, sí; al jardin, al jardin. (*Ven á los dos, y dan un grito.*) ¡Ay!

JORGE. ¡Oh! no hay que asustarse. (*Mostrando á Nicwaser.*) Debe tranquilizaros el grave aspecto de... y sobre todo el respetable título de...

NICWASER. (*Bajo á Jorge.*) ¿Es alguna de esas?

JORGE. No... no está entre ellas.

SOFIA. (*Sale corriendo.*) Pero, Dios mio, ¿á qué es tanto correr? ¿dónde vais? (*Reparando en Jorge.*) ¡Ah!

NICWASER. ¿Es esta? (*Bajo á Jorge.*)

JORGE. No... Pero es tambien muy linda. (*Alto á Sofia.*) Acercaos, señorita.

SOFIA. (*Muy turbada.*) Dispensad, caballero, veniamos... no creiamos... (*Viendo venir á Adelaida, y corriendo á ella.*) ¡Adelaida!

ADELAIDA. ¿Qué es eso? ¿qué hay?

JORGE. (*Cogiendo la mano á Nicwaser.*) Ella es, amigo, es Adelaida.

ADELAIDA. ¡Estás temblando! (*Sofia la contesta señalando á los desconocidos.*) ¿Y no es mas que por eso? ¡Qué tonta eres! (*Se acerca haciendo una cortesia.* Señor... (*Ve á

Jorge y se sorprende.) ¡Calla! (*Alto y serenándose.*) Señor consejero...

ALGUNAS COLEGIALAS. ¡El Consejero!

ADELAIDA. (*Aparte.*) No sé cuál es, pero en fin. (*Alto.*) La señora abadesa os suplica que paseis á su habitacion. (*A Sofia acercándose y bajo.*) ¿Has visto?

SOFIA. (*Idem.*) ¿Qué?

ADELAIDA. (*Idem.*) Es él.

SOFIA. (*Idem.*) ¿Quién?

ADELAIDA. (*Idem.*) ¡Chit!

JORGE. (*Bajo á Nicwaser.*) ¡Mirad qué linda es! ¡qué ojos tan espresivos!... y luego ese airecito resuelto...

ADELAIDA. Os enseñaremos el camino.

NICWASER. Iré yo solo...

JORGE. (*Interrumpiéndole.*) Iremos los dos al punto; pero antes quisiéramos saber el nombre de la linda mensajera.

ADELAIDA. (*Cogiendo de la mano á Sofia.*) En este colegio, caballero, hay dos corazones y dos amigas inseparables. (*Presentando á Sofia.*) Sofia de Zell.

JORGE. (*Aparte.*) ¡Oh, diablo!

ADELAIDA. Hija de un noble proscripto. (*Presentándose á sí misma.*) Yo me llamo Adelaida Walstein.

NICWASER. (*Aparte como Jorge.*) ¡Oh, diablo!

JORGE. (*Aparte.*) La favorita del maestro. (*Alto.*) Conozco, señorita, á vuestro padre, que es el banquero mas rico de la Residencia.

NICWASER. (*Aparte.*) No en el dia.

JORGE. Y apuesto cualquier cosa á que sois vos una de las que debo coronar hoy. (*Echando una mirada á Nicwaser.*)

ADELAIDA. (*Con viveza.*) ¡Ah, con que sois vos! (*Aparte.*) Vamos, no todos los consejeros serán viejos. (*Alto.*) Asi lo espero... (*Precipitadamente.*) Y Sofia tambien...

JORGE. Lo creo. ¿Y permanecereis aun mucho tiempo en este convento?

ADELAIDA. No, á Dios gracias. Salgo este año... y mi amiga lo mismo.

JORGE. Me alegro mucho; y veo que es estrecha vuestra amistad.

ADELAIDA. ¡Oh! como si fuéramos hermanas.

JORGE. Muy bien. Con que no hagamos esperar mas á la madre abadesa.

UNA COLEGIALA. (*Guiando.*) Por aqui.

NICWASER. Vamos. (*Vanse las colegialas con los dos por la derecha: Adelaida detiene á Sofia.*)

ESCENA V.

ADELAIDA. SOFIA.

ADELAIDA. Espera... mira... ¿le has conocido?
SOFIA. ¿A quién?
ADELAIDA. A ese jóven.
SOFIA. ¿Al consejero?
ADELAIDA. Pues. ¿No sabes quien es?
SOFIA. No.
ADELAIDA. Sí, muger; es el jóven que todos estos dias venia á caballo paseando por los alrededores del convento, y se detuvo hoy á contemplarnos desde el camino.
SOFIA. ¿El que tanto te miraba á tí? Pues, ya sabes que es consejero.
ADELAIDA. Eso poco importa; aunque bien mirado, me alegro de que su clase no sea inferior á la mia; porque ¿quién sabe lo que puede suceder?
SOFIA. ¡Oh qué loca eres!
ADELAIDA. No digo que no; ¡tú en cambio estas hoy tan triste y tan cavizbaja!
SOFIA. (*Cogiéndola de la mano.*) ¡Ah! pienso en que voy á salir de aquí para...
ADELAIDA. ¿Te dá pena el salir de un convento en que tanto nos fastidiamos? Aunque solo fuera por huir de esos vegestorios que estan siempre gruñendo ó rezando...
SOFIA. ¿Con que tanto te alegras de irte?
ADELAIDA. ¿Que si me alegro? Estoy loca de contento, canto, rio, y bailaria si el bailar no fuera aqui pecado; aunque ya me desquitaré despues. Cuando pienso que voy á perder de vista estas eternas rejas, y que podré gozar de la vida, ver el mundo, ir al teatro.—¡Oh! al teatro sobre todo...
SOFIA. ¿Y no echarás nada de menos?
ADELAIDA. ¿Aqui? ¿qué?
SOFIA. ¿A nadie?
ADELAIDA. ¡Ah! no hablarás por tí; tú y yo no nos separaremos nunca.... Si he de decir verdad, cuando pienso que

mañana no nos dispertaremos en la misma habitacion, y que pasaremos un dia, una semana, mas tiempo quizás, sin vernos ni abrazarnos, me lleno de tristeza como tú, y como tú lloro. Pero no debemos pensar en eso. (*Con jovialidad.*) Tu padre es un personage demasiado elevado y tiene protecciones demasiado poderosas para que permanezca siempre desterrado. Vendrás á la Residencia y vivirás en mi casa, y daremos en ella bailes, conciertos en que yo cante, porque sino no sé donde he de lucir mi voz, que segun nuestro maestro Crammer, es tan sobresaliente... Ya verás, ya verás que bien lo pasamos.

SOFIA. Mi suerte no puede ser otra que vivir al lado de mi padre en su gótico castillo.

ADELAIDA. ¡Qué disparate! Si tu padre está desterrado, tú no; y es menester que te cases como yo. Es lo esencial, y veo que lo íbamos olvidando.

SOFIA. ¡Casarnos!

ADELAIDA. ¡Toma! ¿Pues sino, á qué salir del convento? Nada, nada; necesitamos cada una un marido jóven, buen mozo, con talento, y que nos quiera mucho; yo nada mas pido. Con poco me contento.

SOFIA. (*Sonriéndose.*) Tú quieres un marido que sea, por ejemplo, como ese consejero áulico... que paseaba á caballo y que tanto te miraba...

ADELAIDA. Sí, me convengo. Para tí buscaremos uno que sea asi como... ¿como quién? (*Con viveza.*) ¡Ah! sí; como el chico de la flauta.

SOFIA. ¿El sobrino del maestro?

ADELAIDA. Que le tiene siempre encerrado bajo llave en su casa... ahí detras de esa tapia. ¡Pobre mozo! nos mira desde lejos, y solo puede manifestar su amor con besos que se lleva el viento, y con su flauta que desafina suspirando. (*Se oye una flauta.*) ¡Mira, mira! ¿lo oyes?

SOFIA. Pero no desafina: toca muy bien.

ADELAIDA. ¡Oh! le adulas... Es como su cara, que á mí me parece algo estúpida y á tí te gusta tanto...

SOFIA. Yo no he dicho nunca eso... y ademas tú le supones á ese muchacho unas intenciones...

ADELAIDA. ¡Y tú no! Vamos; ¿y el beso que te tiró ayer desde su ventana?

SOFIA. Fue á tí.

ADELAIDA. Pues entonces fueron dos. (*Calla la flauta.*)

SOFIA. Ya no toca: ¡qué lástima!.

ADELAIDA. No tengas cuidado que ya volverá á regalarnos los oidos... Con que es cosa decidida: para mí un marido como el consejero, y para tí uno por el estilo del flautista... Como han de adorarnos los dos... les exigiremos....

SOFIA. ¿Qué?

ADELAIDA. Que nunca nos hemos de separar.

SOFIA. ¿Y si no quieren? Las mugeres son las que han de obedecer á los maridos.

ADELAIDA. ¿De veras? Pues eso es menester variarlo. No faltaba mas sino que quisieran tenernos siempre separadas. ¡No verte yo mas! Solo de pensarlo...

SOFIA. ¡Oh! siempre seremos amigas, y siempre nos amaremos.

ADELAIDA. Mira, hagamos un convenio para que jamás se nos olvide, y comprometámonos por un juramento sagrado....

SOFIA. ¿A qué?

ADELAIDA. Juremos que en cualquier ocasion y circunstancia que nos encontremos, si la una necesita de la otra, si quiere verla, lo abandonará todo por acudir, y que dentro de cinco años en tal dia como hoy nos volveremos á ver aqui, en este convento.

SOFIA. Lo juro... por nuestra amistad.

ADELAIDA. Y yo quiero perder la tuya, si falto á lo convenido.

SOFIA. ¿Con que de aqui á cinco años?

ADELAIDA. Dia por dia.

SOFIA. ¿Aqui mismo?

ADELAIDA. Lo hemos jurado. (*Se oyen gritos.*)

LAS DOS. ¡Ay, Jesus!—¿Qué es eso?

ESCENA VI.

DICHAS. LAS COLEGIALAS *que llegan muy asustadas.* *Despues* PETERS.

TODAS. ¡Un hombre! ¡un hombre!

SOFIA. ¿Un hombre?

ADELAIDA. ¿Dónde está?

TODAS. Allí.—Sobre la tapia. (*Peters se presenta sobre la*

tapia viniendo del mismo lado que las colegialas.) ¡Miradle!

PETERS. *(Sobre la tapia.)* ¡Chut! ¡No tengais miedo! ¡Chut! ¡Por Dios!

SOFIA. ¡Ah! Es él.

ADELAIDA. Sí, el sobrino del maestro.

PETERS. El mismo, soy el sobrino... de mi tio... el flautista... Mirad. *(Saca la flauta y toca.)*

TODAS. ¡Ah! ¡ah!

PETERS. Dejaos ablandar por mi melodía. No seais mas duras que las murallas de Tebas. *(Vuelve á tocar.)*

ADELAIDA. ¡Callad, que si llegan á oiros!

PETERS. *(Aparte.)* ¡Hola! esa es una!

SOFIA. ¡Si os ven!

PETERS. *(Idem.)* ¡Hola! esa es la otra.

SOFIA. ¡Idos!

ADELAIDA. ¡Bajaos de ahí!

PETERS. ¿Salto?

ADELAIDA. Sí; pero al otro lado.

PETERS. Bien; allá voy. *(Salta al jardin.)*

TODAS. No.—No.—Eso no.

PETERS. ¡Ay, ay, ay!

TODAS. *(Rodeándole.)* ¿Qué?—¿Qué es eso?

PETERS. Que se me ha torcido un pié. ¡Ay!

ADELAIDA. Traed una silla.

SOFIA. Apoyaos en mí.

PETERS. Con mucho gusto.

TODAS. *(Idem.)* ¡Pobrecito!—¡Qué lástima! *(Traen una silla, le sientan y le rodean.)*

PETERS. ¡Ay cómo me duele, Dios mio! *(Aparte.)* ¡Cuántas hay bonitas!

SOFIA. Es preciso llamar á alguno.

PETERS. *(Con viveza.)* No, no... á nadie... y mucho menos á mi tio.—Esta mañana me amenazó con romperme la flauta en la cabeza, y mi tio es hombre de palabra.

SOFIA. Con todo, si os duele mucho es menester que tomeis algo...

PETERS. *(Tomándola la mano.)* Bien.

ADELAIDA. ¿Un vaso de agua?

PETERS. *(Torciendo el gesto.)* ¡Oh! no creo que me haga provecho.

SOFIA. Pero, vamos á ver, ¿qué hacíais ahí encima de la tapia?

PETERS. ¿Yo?.. Me... estaba paseando.

TODAS. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!

ADELAIDA. ¿Y por qué habeis saltado aqui?

PETERS. Mi tio tiene la culpa... que es un tirano. Esto no quiere decir que deje de ser escelente músico; pero es un tirano. Figuraos, niñas de mis entrañas..... (*Les besa las manos.*)

ADELAIDA. (*Enfadándose.*) Vamos.

PETERS. ¡Ah! si es que el pie me duele tanto.

SOFIA. Pero al cabo...

PETERS. Pues señor, un mes hace que vine de la ciudad á establecerme en su casa con el objeto de perfeccionarme en la flauta. Desde entonces me ha tenido mi tio encerrado en mi cuarto, y todas las mañanas me dice. «Peters.» (*Interrumpiéndose.*) Porque yo me llamo Peters.

TODAS. ¡Ya!

ADELAIDA. ¡Qué nombre tan feo!

PETERS. Es el de un apostol. Pues me dice: «Peters, yo soy maestro de canto en un convento que está lleno de muchachas bonitas...» Mi tio siempre dice la verdad.

TODAS. (*Lisonjeadas*) ¡Ah!

PETERS. (*Aparte.*) ¡Vanidosillas, cómo les gusta!... (*Alto.*) «Peters....» es mi tio el que sigue hablando: «te prohibo que dirijas la vista hácia ese lado, ó de lo contrario.... ya me entiendes... Asi lo ordena la señora abadesa. Cuidado con que jamás digas palabra, ni hagas señal que pueda llamar la atencion de esas blancas palomas.—Siempre has de tocar la flauta lo mas quedo posible... piano, piano... que si por casualidad te oyen, yo diré que es un ruiseñor que canta.

ADELAIDA. (*Riendo.*) ¡Vaya una ocurrencia!

PETERS. Aunque la suposicion, físicamente hablando, nada tenia de ofensiva, yo por mi parte estimo en mas mi dignidad que mi flauta, y ardia en deseos... estaba devorado... (*Interrumpiéndose.*) porque no sé si os sucederá lo que á mí, pero en prohibiéndome que haga una cosa.... rabio por hacerla.

TODAS. (*Sucesivamente.*) { Y yo.
Y yo.

PETERS. Por lo mismo rabiaba yo por ver á mis preciosas vecinas de quienes me ocultaban, como si fuese animal peligroso ó deforme... En fin, salté por todo, inclusa esa ta-

pia... he venido, y aqui estoy. (*Se levanta.*) Este es el cuento.

SOFIA. Pues habeis hecho muy mal.

ADELAIDA. Quita allá; no ha hecho sino muy bien. Yo me muero por los calaver... (*Se detiene.*)

SOFIA. Oh!

PETERS. Bravo! Y vos, señorita?

SOFIA. Yo los detesto, y lo mismo Adelaida.

ADELAIDA. Sí; es verdad, eso quise decir.

PETERS. Hola! con que vos sois Adelaida, la protejida de mi tio... su discípula predilecta, de quien siempre me está hablando? Os quiere como si fuérais su hija, y en tal caso seriais mi prima. Toma! ni mas, ni menos. (*Yendo á ella.*) Vaya, prima, venga un abrazo.

ADELAIDA. Eh! quitad allá!

TODAS. Su prima! Prima!

PETERS. (*A Sofia.*) Y vos tambien... y todas... todas. Oh! Bien sé que vosotras sois ricas y bonitas... y yo no mas que un pobre muchacho sin mas caudal que mi flauta... Pero tengo ambicion y buena embocadura. Estoy seguro de que algun dia llegaré á ser primer flauta del gran teatro de Hanover.

ADELAIDA. De veras? De ese teatro donde se hacen óperas tan lindas, segun dicen?

PETERS. Operas que yo acompañaré. Yo las sé todas.

ADELAIDA. Sí? Pues tocad algun trocito... alguna cavatina.

TODAS. (*Rodeándole.*) Sí, sí.

SOFIA. Pero, cómo?

ADELAIDA. Tocará bajito, bajito.

PETERS. Allá voy. A mí no me gusta hacerme de rogar... y haré todo lo que quieran, todo. (*Se agrupan todas al rededor de él y toca.*)

CRAMMER. (*Dentro.*) Él es! Peters!

SOFIA. El maestro!

TODAS. Ay!—Cielos!—Oh!

PETERS. Adios mi flauta, y mi cabeza!

ADELAIDA. Escapad.

SOFIA. Ya no hay tiempo.

TODAS. Ah! (*Se ponen delante de él para ocultarle.*)

ESCENA VII.

DICHOS. CRAMMER *que sale precipitadamente y con aire suspicaz mirando á su alrededor.*

ADELAIDA. Hola, señor maestro!
SOFIA. A quién buscais, señor Crammer?
CRAMMER. Qué? No habeis oido una flauta?
ADELAIDA. No.
SOFIA. No.
TODAS. No, no, no.
PETERS. (*Aparte.*) Oh! ángeles! angelitos!
CRAMMER. (*Sacudiéndose la oreja con el dedo.*) Pues señor, no sé que tengo hoy en los oidos! Desde esta mañana me persigue el sonido de esa maldita...
ADELAIDA. (*A quien Peters besa la mano.*) Ah!
CRAMMER. Qué?
ADELAIDA. Nada.
CRAMMER. Pero no decias?...
ADELAIDA. Yo? nada, nada.
PETERS. (*Aparte.*) Bravo! Cómo miente!
CRAMMER. (*Aparte y con el dedo en el oido.*) No hay remedio, tengo las orejas dadas á componer.
ADELAIDA. (*Bajo á Peters y amenazándole sin volverse.*) Volved otra vez!
PETERS. (*Aparte.*) Cambiemos de mano.
CRAMMER. Niñas, la señora abadesa manda que os reunais todas en el salon grande para ser presentadas.
SOFIA. (*A quien Peters besa la mano.*) Ah!
CRAMMER. Qué sucede?
SOFIA. Nada.
ADELAIDA. Nadie ha hablado.
TODAS. Nadie, nadie.
PETERS. (*Ahogándose de risa.*) Cómo mienten las pícaras! Oh! (*Le tapan la boca con las manos.*)
CRAMMER. (*Aparte.*) Será preciso que me vea con un médico. (*Alto.*) Para ser presentadas al señor consejero áulico.
TODAS. Ya le hemos visto!
ADELAIDA. Es el mas jóven, no es verdad?
CRAMMER. Sí, chiquita, sí; y cuando te ponga en la cabeza una corona...

ADELAIDA. A mí?

CRAMMER. No... yo no he dicho... bribona! quiere hacerme hablar. (*A todas.*) Vamos.

TODAS. Allá vamos. (*Cuando van sucesivamente pasando por junto á Peters le dicen.*) Adios, adios. (*Peters las sigue con la vista. Crammer se marcha primero, y al instante en que van á irse las últimas Adelaida y Sofia, Peters echa á correr y las detiene.*)

ESCENA VIII.

SOFIA. PETERS. ADELAIDA.

PETERS. (*Bajo.*) Quedaos.

SOFIA y ADELAIDA. (*Corriendo asustadas á los dos estremos del teatro.*) Ah!

PETERS. Chist! no griteis. (*Corre de la una á la otra.*)

ADELAIDA. Pero... ya no cojea!

SOFIA. Y el dolor?

PETERS. Curado radicalmente.

ADELAIDA. Ya!

PETERS. Fue una astucia... para enternecer esos corazoncitos.

SOFIA. Y yo que le sostenia!

ADELAIDA. Toma! Y yo le tenia tanta lástima, y le ofrecí un vaso de agua!

PETERS. Que yo no quise! Justicia seca!

SOFIA. Pero, vamos á ver; para qué nos deteneis?

ADELAIDA. Qué quereis?

SOFIA. Ninguna de las dos os conoce.

ADELAIDA. Nunca os hemos visto.

PETERS. Quiá! Y ayer tarde cuando desde lejos os enviaba? (*Hace el gesto de tirar besos.*)

ADELAIDA. Chist! no vimos nada.

PETERS. Que no?

SOFIA. Pero, vamos, qué teneis que decirnos?

PETERS. Que os amo, que os adoro.

ADELAIDA. (*Riendo.*) A las dos?

PETERS. (*Con resolucion.*) A las dos. No soy yo como otros hombres que tienen el corazon chico, chiquirritillo: yo,

no. Por el pronto, asi que llegué á casa de mi tio, me enamoré de todo el convento en masa.

SOFIA. Qué horror!

ADELAIDA. Déjale, me divierte.

PETERS. Pero á poco, observé que me embrollaba con tantos amores, y no acertaba á clasificarlos. Entonces simplifiqué la cosa y ahora no quiero mas que á dos.

SOFIA. Todavia es mucho eso.

PETERS. No tengo inconveniente en hacer aun alguna rebaja. Me reduciré á una sola: pero cuál ha de ser?

LAS DOS. Cuál? cuál?

PETERS. La que á mí me quiera.

ADELAIDA. (*Con aturdimiento.*) O mas bien aquella á quien ayer enviabais besos.

PETERS. Hola! hola! Conque se vió?

SOFIA. Torpe!

PETERS. Bien mirado, no sois las dos amigas inseparables, hermanas mellizas, y dos cuerpos con un alma? Pues entonces arreglémonos los tres. (*Hablando á las dos alternativamente y volviéndose hácia ambas.*) Señorita, yo os amo. (*A Adelaida.*) (*A la otra.*) Mi amor debe moveros. (*A Adelaida.*) Permitidme esperar. (*A Sofia.*) Que llegará dia. (*A Adelaida.*) En que himeneo (*A la otra.*) Corone nuestro afecto. (*A la otra.*) Y si quereis que de rodillas... (*Se pone de rodillas entre las dos.*) Oh! hermosa joven.

SOFIA. Levantaos! (*Peters cambia de rodilla y queda delante de Adelaida.*)

ADELAIDA. (*Riendo á carcajadas.*) Já! já! já!

PETERS. Eh? Señorita? (*Se vuelve á Sofia.*) Pero vos...

SOFIA. (*Riendo tambien.*) Já! já! já!

(*El tambien concluye por reir pero sin dejar de hacer gestos de súplica.*)

ESCENA IX.

DICHOS. JORGE.

JORGE. (*Viéndole.*) Bravo. Muy bien! no hay que molestarse por mí.

PETERS. Oh! (*Levantándose con presteza.*)

LAS DOS. El consejero!

PETERS. (*Muy turbado.*) Yo estaba... porque á esta señorita se le habia caido una cosa y yo la cogi... Ademas yo soy de la casa.

JORGE. Ah! eso es distinto, y si sois de la casa nada hay que decir. (*Aparte.*) Vaya un estafermo!

ADELAIDA. (*Esforzándose por parecer risueña.*) Es sobrino de nuestro maestro de canto.

SOFIA. Y toca la flauta...

PETERS. (*Sacándola.*) Como es facil probar si el señor quiere...

JORGE. No, gracias... Pobres oidos mios! (*Movimiento de Peters á quien contiene Sofia.*)

PETERS. Eh!

ADELAIDA. (*Aparte.*) Siempre me mira á mí.

SOFIA. (*Bajo á Peters.*) Idos.

PETERS. (*Idem.*) No puedo; estoy cojo. (*Alto.*) Señor consejero, si deseais marcharos... (*Señalando al foro.*)

JORGE. No; estoy aqui bien... muy bien. Quizas haya alguna educanda que quiera hablarme ó hacerme alguna peticion...

PETERS. No creo que ninguna...

JORGE. Y por qué? Quisiera dejar algun recuerdo de mi entrada en este convento... y á mi vuelta á la residencia podria recomendar al príncipe Jorge.

PETERS. Si es un calaveron!

JORGE. Qué?

LAS DOS. Señor Peters!

JORGE. Ya veis que estas dos señoritas no opinan como vos.

PETERS. Toma. (*Aparte.*) Jóvenes incautas!

JORGE. Y como me favorece con su amistad...

ADELAIDA. Por mi parte os doy las gracias, aunque nada necesito. Mi padre es muy rico y suele decir que en teniendo ducados no se necesita de nadie, ni aun de su misma alteza...

JORGE. Hola!

PETERS. Hola! (*Aparte.*) La chica es un Séneca.

ADELAIDA. Y es mas probable que el príncipe necesite al banquero que no el banquero al príncipe.

JORGE. Ah!

PETERS. Ah! Pues; asi como suena

ADELAIDA. Pero hay aqui una persona (*Mira á Sofia.*) que tiene derecho...

SOFIA. (*Acercándose.*) Adelaida, no permito que...

ADELAIDA. Oh! no me quitarás que diga... Pues, señor, es hija de un alto y elevado personaje, de un conde... que fue desterrado porque queria poner límites á los desaciertos de la corte... queria que el príncipe cuando llegase á la mayor edad... pero siempre en la corte suceden estas cosas.

JORGE. Bravo! Con que desde aqui sabeis lo que pasa en la corte?

ADELAIDA. Por supuesto... Nos ocupamos mucho de eso.... y luego los domingos hablamos de política.

JORGE. De veras?

PETERS. De veras; sí señor.

ADELAIDA. Pues lo que el príncipe debe hacer es levantar el destierro del conde, devolverle sus bienes y honores, y darle el alto puesto que en la corte le corresponde. Yo se lo estimaria mucho.

PETERS. Y yo tambien.

JORGE. No dudo que el príncipe desee merecer vuestra estimacion, y si esta señorita quiere estender una nota... cuatro palabras, que sirvan de recuerdo...

SOFIA. Ah! cuanto os lo agradezco. Pero será el príncipe tan bondadoso como vos?

JORGE. No lo creo imposible.

PETERS. Ya; pues eso es lo que interesa averiguar.

ADELAIDA. Ea, despacha. Con dos palabras basta. (*Dictando con premura.*) «Señor, habeis hecho mal.—Levantad el destierro á mi padre y asunto concluido.» No es menester mas. Vamos. (*Van las dos á marcharse.*)

JORGE. (*Deteniendo á Adelaida.*) Permitid....

PETERS. (*Siguiéndolas.*) Eso es, con el tema basta, nada de variaciones.

JORGE. (*Deteniendo á Adelaida y trayéndola al proscenio.*) Oidme, Adelaida.

PETERS. Eh? (*Deteniéndose.*) (*Se acerca poco á poco para oir.*)

JORGE. (*A media voz.*) Por mas rica que seais debe seros agradable brillar, y el dinero de vuestro padre no proporciona entrada en la corte donde hay tan brillantes fiestas.

PETERS. (*Aparte.*) Ay! ay! qué pícaro!

JORGE. (*Mas animado.*) Si no habeis perdido la memoria de estos dias tendreis idea de un amor....

ADELAIDA. (*Turbada.*) Caballero!

JORGE. Si os presentais en la corte todos se disputarán la dicha de agradaros, y acaso el mismo príncipe...

PETERS. (*Olvidando que le oyen.*) El príncipe!...

JORGE. Eh? (*De pronto.*) Estábais escuchando?

PETERS. Sí... soy de la casa.

JORGE. Cómo qué! Tambien sois colegiala?

PETERS. Sí seŭ... es decir... creo que no. (*Oyese música dentro.*)

ESCENA X.

DICHOS. CRAMMER. NICWASER.

NICWASER. Pero dónde estará?

CRAMMER. El señor consejero? Qué sé yo! Pero y ella! mi Adelaida!

PETERS. (*Aparte.*) Mi tio! Caí en la trampa.

NICWASER. Allí está. (*Acercándose á Jorge.*) Solo á vos se espera.

CRAMMER. Adelaida! Gracias á Dios que os encuentro!

ADELAIDA. (*Con mimo.*) Vamos á ver, venid acá, señor Crammer... estais conmovido... como yo... ya se vé: me van á dar una corona... porque habrá por lo menos una para mí; no es verdad?

CRAMMER. Una! todas las merecias.

SOFIA. Qué turbado estais! Qué teneis!

JORGE. En efecto, maestro, os habeis puesto pálido.

NICWASER. Quizás lo que yo os he contado?

ADELAIDA. El qué?

CRAMMER. (*De pronto.*) Nada!... no tengo nada mas que el placer... (*A Adelaida.*) Con todo, dame un abrazo, hija mia.

ADELAIDA. Con toda mi alma.

PETERS. (*Aparte.*) Qué le ha dado á mi tio?

NICWASER. Vamos, pronto, que nos esperan. Son diez los premios y coronas que hay que dar.

JORGE. Vamos.

PETERS. (*Aparte.*) Aun no me ha visto! Si pudiera escurrir-

me!—Pero, adónde? (*Vanse Jorge y los demas; Adelaida se detiene á la voz de Crammer.*)

CRAMMER. Adelaida!

ADELAIDA. Maestro! (*Peters se queda mirándolos.*)

CRAMMER. Vuelve á darme otro abrazo, hija mia.

ADELAIDA. Llorais! Quereis que tambien llore yo cuando voy... (*Se oye la música y ruido.*) Ois? Ya han empezado. Voy corriendo.

ESCENA XI.

CRAMMER. PETERS.

CRAMMER. Pobrecita! pobrecita!

PETERS. (*Aparte.*) Pero, señor, qué tendrá mi tio? parece que se está ahogando.

CRAMMER. Cómo averiguaria yo?... Ah! mi sobrino!

PETERS. (*Aparte.*) No escapo. (*Alto.*) Tio, voy muy deprisa....

CRAMMER. Escucha. No tengo ahora tiempo de preguntarte como estás aqui.

PETERS. No importa .. ya me lo preguntareis luego.... Adios, tio.

CRAMMER. Que escuches, repito.

PETERS. (*Aparte.*) Cuando digo que no escapo.

CRAMMER. Peters, estoy padeciendo ánsias mortales, tengo calosfrios, calentura.

PETERS. Pues á la cama, tio; á la cama.

CRAMMER. Estúpido! Eres capaz de guardar un secreto?

PETERS. Y aun dos. Decid.

CRAMMER. Has de saber, Peters, que Adelaida, mi discípula predilecta, la hija de mi amigo Valstein... tan buena.... tan linda...

PETERS. Mucho, mucho!

CRAMMER. La conoces tú acaso?

PETERS. Sí... (*Conteniéndose.*) No.... pero supongo.... Con que decíais...

CRAMMER. Digo que está arruinada... que la casa de comercio y banca de su padre...

PETERS. Patatras! Vino al suelo?

CRAMMER. Sí, á lo que me acaba de decir uno de esos señores... Valstein se ha marchado. (*Oyese música y aplausos.*)

PETERS. La funcion es la que marcha y la orquesta.

CRAMMER. Te quieres esperar? Pobre niña! Cómo decirle!... Ademas que si la noticia es falsa ó exagerada... Mira, Peters, corre á informarte.

PETERS. Yo? Y mi solo de flauta?

CRAMMER. Yo le tocaré por tí.

PETERS. Pero, tio...

CRAMMER. Dame la flauta. (*Se la quita.*)

PETERS. Tio... no podíais vos mismo?

CRAMMER. (*Procurando tocar.*) Me flaquean las piernas.

PETERS. Pero mas os flaquea el aliento. (*Mas ruido y música.*) Qué tal? voy á llegar tarde.

CRAMMER. No importa. Ve corriendo á casa de Muller, el comerciante, ya sabes: no hay doscientos pasos. (*Soplando.*) No puedo hallar la embocadura.—Pobre Adelaida!—Ve tambien á casa del juez... No soplo á derechas.—Infeliz familia! Preguntarás si es verdad que Valstein... Corre. (*Nuevas aclamaciones.*)

PETERS. (*Queriendo quitarle la flauta.*) Estais demasiado conmovido.... no vais á hallar nunca la embocadura.

CRAMMER. Todavia estás aqui cuando me muero de inquietud?

PETERS. Pero, tio!

CRAMMER. Vé volando, (*Alzando la flauta.*) ó si no...

PETERS. Ay! mi flauta! mi flauta! (*Vase corriendo.*)

ESCENA XII.

CRAMMER *solo*; *despues las Colegialas*, JORGE *y* NICWASER; *mas tarde* PETERS.

CRAMMER. Adelaida! mi discípula querida! tan acostumbrada al lujo, á la riqueza y que pronto quizas.... La pobrecita se morirá de pesadumbre y yo... yo lo menos estaré un mes enfermo. (*Ruido y música.*) Y es preciso tocar la flauta. Vamos pronto, para que nadie sepa.., y ella mucho menos. (*Abrese la puerta del foro y se oye

mas la música.—Van saliendo poco á poco las colegialas y juntas Adelaida y Sofia con coronas.) Ya es tarde!

ADELAIDA. (*Acercándose á Crammer.*) Ah! mi buen maestro!... Cómo no estábais allí? Yo hubiera colocado mi corona sobre vuestra frente, porque si he ganado el premio solo á vos lo debo.

CRAMMER. Hija mia... es posible... no digo que...

ADELAIDA. Estais muy conmovido; y yo tambien. Mirad; Sofia, ha ganado el premio de historia.

SOFIA. No vale nada comparado con el tuyo! (*Suspirando.*)

ADELAIDA. No digas eso. Y mira, para que en todo tiempo conservemos un recuerdo la una de la otra, toma mi corona y dame la tuya. Ellas nos repetirán nuestros juramentos y la promesa que nos hemos hecho.

SOFIA. Ah! Sí. De aquí á cinco años.

ADELAIDA. Sin falta. (*Truecan las coronas.—Nicwaser y Jorge salen por el foro. Varias colegialas las acompañan.*)

NICWASER. (*Riendo.*) No, señor consejero, no nos detenemos mas.

JORGE. (*Bajo.*) Pero así, de repente... sin darme tiempo...

NICWASER. Precisamente por no daros tiempo es por lo que nos marchamos.

JORGE. (*Viendo á Adelaida.*) Miradla! allí está.

SOFIA. (*Acercándose á Jorge con un papel en la mano.*) Señor consejero... tuvísteis á bien pedirme...

JORGE. Sí, la nota de vuestra pretension. Venga.

ADELAIDA. Os la recomiendo eficazmente.

JORGE. Lo tendré presente. Adios! adios! (*Se le lleva Nicwaser y les acompañan algunas colegialas. Peters sale sofocado y jadeando por la izquierda.*)

PETERS. (*Gritando.*) Tio! tio! Era verdad. El señor Valstein está arruinado!... (*Adelaida se acerca precipitadamente.*)

CRAMMER. Calla, maldito!

PETERS. Sí, señor, y se ha fugado ademas.

ADELAIDA. (*Dando un grito y desmayándose.*) Ah!

PETERS. Ay! Pues... Ah! Bárbaro, bárbaro, bárbaro!! (*Socorren á Adelaida y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa el cuarto de una actriz en el teatro real de Hannover. A la derecha el gabinete-tocador. A la izquierda una puertecilla oculta. Al foro la entrada principal.

ESCENA PRIMERA.

CRAMMER. EL AUTOR Y CORISTAS *vestidos de egipcios.*

(*Crammer, rodeado de coristas, tiene un cuaderno de música en la mano y una varita para echar el compás. El Autor sentado lee un cartel de teatro.*)

CRAMMER. Vamos á ver! No quiero que tengamos la de ayer. Cada uno se fué por su lado y aquello no era coro sino concierto de gatos. Principiemos.

CORO.

(*Un coro italiano.*)

CRAMMER. Piano!... Stacato!... Forte! (*Mientras el coro enmienda Crammer y repite las frases hasta que concluido dice.*) Vaya! Bien está. Cuidado no vayamos luego á olvidar... Qué es eso, Autor, qué estais leyendo?

AUTOR. El magnífico cartel que he hecho poner para anunciar la funcion de hoy. Miradle: letras de seis pulgadas, análogas al grande objeto. (*Lee.*) «Teatro real de Hannover. Funcion para hoy 24 de agosto de 1714, en celebridad de la feliz entrada de S. M. Jorge 1.º de Inglaterra en su ducado de Hannover: se ejecutará una representacion estraordinaria de la aplaudida ópera en dos actos del maestro Capitolini.»

GRAMMER. (*Siguiendo la lectura.*) «Titulada *Cleopatra, Regina d' Egipto*, desempeñada por la señora Adelaida »Valstein, primera cantatriz de los teatros de Alemania y »de Italia...» (*Tirando el cartel.*) Cómo es eso? Primera cantatriz de todos los teatros de Europa y del mundo y de... todas partes. Así se ha debido poner. (*Con orgullo.*) Y yo he sido, yo, Teodosio Grammer...

AUTOR. Cierto, que podeis decir con orgullo, que habeis hecho al arte un servicio eminente.

GRAMMER. Ciertamente, Autor; no admite duda, egipcios; pero castígueme Dios si en tal cosa pensaba. Cuando reflexiono que hace cinco años enseñaba cánticos y salmos á inocentes y devotas colegialas, y ahora acabo de ensayar profanos coros á egipcios, á idólatras, á gentes que adoran al buey Apis... (*A los coristas.*) No lo digo por ofenderos. Sé que en realidad sois unos honrados coristas de á florin por barba, y que no adorais bueyes ni vacas, aunque os gustan sus pedazos; pero vamos al decir... Yo, yo que ví coronar á mi predilecta discípula en el convento, y...

AUTOR. Con que mi prima donna se educó en un convento? Con destino al teatro?

GRAMMER. Qué disparate! Pues no faltaba mas sino que hubiera ella pensado en salir al teatro, cuando el caudal de su padre era de lo mas brillante y cuantioso. Pero, amigo, un dia se lo llevó todo la trampa. La hija fué á Nápoles á buscar á su padre, yo la acompañé, y á mí me acompañó Peters... que allí acabó de perder el poco juicio que le quedaba. Allí fué donde Adelaida impulsada por la desgracia y por su intenso amor á la música...

AUTOR. Era vocacion decidida!

GRAMMER. Irresistible, Autor de mi alma. Se contrató con la esperanza de ser útil á su padre... nada pudo contenerla, ni mis ruegos ni mis lágrimas.... Mi última espe-

ranza era que no gustase... pero qué! La aplaudieron á rabiar y yo lloré de rabia y... de alegria. Desde entonces yo soy el que la ensayo los papeles, yo el que arreglo sus notas de cabeza, csas magníficas notas de cabeza, que no tienen fin, yo soy tambien el que procura poner de acuerdo la orquesta con los coros, la cual es dificil de veras... En fin, el resultado ha sido que todas esas malditas óperas se me han metido en la cabeza y tódas las sé de memoria.

Autor. Todas?

Crammer. Todas... hasta las partes de orquesta. Y lo que es la debilidad humana! Cuando oigo aplaudir á Adelaida me estremezco dc placer, y sin saber lo que me hago me pongo á hacer cortesias cntre bastidores. Cuando de todas partes le arrojan florcs y coronas, agarro yo una de ellas... la mas chiquita y allá á mi solas tengo la vileza de besarla. Verdad que es una vileza, egipcios?

Todos. No.—No tal.—No señor.

Autor. Al contrario; y nada mejor habeis podido hacer que volveros con vuestra discípula á Alemania.

Crammer. Sí; á dos leguas escasas del convento donde se educó. Qué dirán, Dios mio, de nosotros! Pero al menos mi discípula vuelve pura como se marchó, y su virtud es inmaculada.

Autor. Oh! (*Con tono de duda.*)

Crammer. Lo dicho!

Autor. Pues con todo á veces está muy pensativa... y dicen que en Florencia la sorprendió un dia Peters hablando con un personage misterioso.

Crammer. Falso! Falso! Calumnia! Y la prueba es que aquella misma noche salimos de Florencia.

Autor. Pues de seguro no le habrán faltado buenos pretendientcs.

Crammer. Todos han salido con las manos en la cabeza. Duques, príncipes... todos. Lo que ella necesita es un buen marido: luego que la deje casada, la ccharé mi bendicion, y me marcharé al convento del Ave-Maria á espiar los pecados que por ella he cometido.

ESCENA II.

DICHOS. ADELAIDA.

ADELAIDA. (*Vestida de Cleopatra.*) Decid mas bien los triunfos que hemos adquirido juntos. (*A los otros.*) Señores, la reina Cleopatra os saluda. (*A Crammer.*) Tengo aspecto regio, ¿no es verdad?

CRAMMER. Como una verdadera descendiente de los Faraones... Pero te falta colorete.

ADELAIDA. Venga la corona y concluyamos el tocado, que ha de ser digno de la gran Cleopatra. (*Mientras habla se da colorete, Crammer le pone la corona y una criada la arregla el traje.*) Reina de Egipto hasta las diez de la noche, corto es mi reinado: procuremos que sea feliz.

CRAMMER. Ayer en la primera representacion conseguimos un triunfo completo.

ADELAIDA. Quedaron contentos conmigo, ¿eh?

CRAMMER. Se quedaron estupefactos. Fué lo que se llama hacer furor.

ADELAIDA. Yo tenia un miedo! Ah! Nadie sabe lo que es salir por primera vez á un teatro, presentarse á un público nuevo... (*Aparte.*) Y él que como en Florencia estaba presente. Cómo me latia el corazon! (*Alto.*) Y por cierto que mi cabatina salió bien mal.

CRAMMER. Ahora acabo de hacer repasar el coro á los señores Egipcios.

ADELAIDA. (*Volviéndose.*) Ah! Conque estos señores se han prestado?... (*Bajo á Crammer.*) Ay Dios mio, y qué feos son! Parece mentira que un cristiano...

CRAMMER. (*Bajo.*) La escena es en Egipto, patria de las momias.

ADELAIDA. Verdad! Pero abusan demasiado!

AUTOR. (*A los coros.*) Conque, señores, vámonos acercando á la escena. (*A Adelaida mientras se marchan.*) Esta noche tenemos una entrada brillantísima y mañana será mejor aun.

ADELAIDA. Lo que es mañana descansaré.

AUTOR. Imposible! Ya sabeis que el rey de Inglaterra, Jorge 1.º, nuestro augusto soberano, está en Alemania recorriendo de incógnito todos sus estados.

ADELAIDA. Bien, y qué?

AUTOR. Me acaban de decir que ha llegado hoy de incógnito á la Residencia.

ADELAIDA. El rey!... está aqui!

AUTOR. Mañana mismo iré á suplicarle que se digne asistir á una representacion dispuesta en su obsequio... y presenciará vuestro triunfo. ¿Eh? Vaya una ocasion!

CRAMMER. Sí buena ocasion de tener una entrada llena. Eso es lo que vos buscais, Autor.

ADELAIDA. Oh! Cantaré, cantaré con sumo gusto; quiero que me aplauda, quiero llamar su atencion para poder pedirle el indulto de mi padre.

CRAMMER. Sí, hija mia, sí.

ADELAIDA. Dicen que es muy amable y popular.

AUTOR. Por estremo! Es protector decidido de los artistas... cuando son mugeres bonitas; y aun aseguran que lleva su llaneza hasta el punto de ir á felicitarlas á sus mismos cuartos como simple particular.

ADELAIDA. Es en efecto amabilidad estremada.

AUTOR. Si le agradais os dará su retrato, y quizás...

CRAMMER. Su retrato?

AUTOR. Guarnecido de brillantes.

CRAMMER. Oh! nosotros no hacemos caso de brillantes.

ADELAIDA. Es conforme: si es jóven y tiene buena figura puede omitirlos; pero si no, los brillantes son de rigor.

ESCENA III.

DICHOS. PETERS.

PETERS. ¿Dónde está? ¿Le habeis visto? ¿No ha entrado por aqui?

CRAMMER. Quién?

ADELAIDA. Qué cara tan original!

PETERS. La mia?

AUTOR. Pero qué hay?

PETERS. (*Buscando.*) Con que no le habeis visto?

CRAMMER. Á quién? Á quién hemos de ver?

PETERS. A ese, á ese... no lo he dicho ya? Ahí en el corredor que dá á la escalerilla de este cuarto... he visto un desconocido.

ADELAIDA. (*Aparte.*) Dios mio!

PETERS. (*Con viveza*) Qué tal? Os habeis inmutado!

ADELAIDA. No sé de lo que hablais.

CRAMMER. Pero qué desconocido es ese?

PETERS. Huyó de mí... como en Florencia.... y debe ser el mismo.

ADELAIDA. (*Aparte.*) Ah! él es sin duda.

CRAMMER. Tú deliras.

PETERS. (*Bajo.*) Tambien ayer ví que salia de vuestro cuarto.

ADELAIDA. Chut! No habeis visto nada.

PETERS. Cómo que no? Cuando yo entraba, salia él por esa puertecita. (*El Autor va hácia el foro.*)

CRAMMER. Pero no podremos saber á quien busca este babieca?

ADELAIDA. No le escucheis: está loco.

PETERS. Loco yo!

CRAMMER. No, tonto rematado.

PETERS. Tonto yo! Habrá viejo mas negado!

CRAMMER. Vamos, tú que vienes de fuera, qué tal está el teatro?

PETERS. Horrible!... lleno de bote en bote.

ADELAIDA. Ah! Me habia asustado.

AUTOR. Y los palcos?

PETERS. (*Suspirando.*) Ay! llenos todos tambien... escepto dos que tienen corridas las persianas. (*Gesto de Adelaida.*)

AUTOR. Sí? Pues voy á ver... (*A Adelaida.*) Estad dispuesta que vendré á avisaros. (*Vase corriendo.*)

CRAMMER. Tú... vete pronto á la orquesta.

PETERS. (*Fuera de sí.*) Yo á la orquesta! No, (*Estallando.*) no y no!

CRAMMER. Ay Dios mio! (*Asustado.*)

ADELAIDA. Qué decís!

PETERS. No!

ADELAIDA. (*Acercándose á él.*) Y por qué Peters? si cuando yo no oigo vuestra flauta...

PETERS. Mi flauta! mi flauta! Buen caso haceis vos de mí, como no sea para burlaros... Va para tres años que esto me pasa, y acabaré de perder la cabeza.

CRAMMER. Si no es mas que eso...

PETERS. Cuando os veo, no puedo estarme quieto, ni so-

plar.... porque estoy celoso como un bruto; porque os amo (*Gesto de Crammer.*) Sí señor, tio, porque la amo.

CRAMMER. Infeliz, te prohibo...

ADELAIDA. No. Por qué? Dejadle que me ame. Sí, Peters, sí; amadme cuanto querais; yo no os lo impido. (*Aparte.*) ¡Pobre muchacho!

CRAMMER. Y qué esperas de ese amor?

PETERS. Qué espero? Vaya que mi tio tiene unas preguntas! Lo que espero es poseer su corazon..: su mano... y...

CRAMMER. Tú!

PETERS. Calla! y por qué no? Hay mil ejemplos de músicos de orquesta que se han casado con cantatrices de fama... y les ha ido muy bien.

CRAMMER. Pues no faltaba mas! Una jóven cuya virtud vigilo yo!... (*Va hácia el foro.*)

PETERS. Sí, su virtud!

ADELAIDA. (*Asustada.*) Señor Peters!

PETERS. (*Afligido.*) Antes del viage á Florencia me iba ya cogiendo cariño...

ADELAIDA. Es verdad!

PETERS. Porque no habia visto aun al otro.

CRAMMER. A qué otro?

ADELAIDA. Sí, porque vos me amabais como cuando en el convento las queríais á todas en masa.

PETERS. Oh! mejor me hubiera estado dedicarme á vuestra amiga, á Sofia.

ADELAIDA. Pues bien; búscadla y adoradla.

PETERS. Sí que la buscaré; sí que la adoraré, coqueta!

ADELAIDA. Zeloso!

CRAMMER. Quereis callar?

AUTOR. (*Que viene corriendo.*) Vamos que llega la salida.

CRAMMER. Bien! Ya estamos dispuestos. (*Va hácia el foro.*)

ADELAIDA. Allá voy. (*Bajo á Peters.*) Charlatan!

CRAMMER. Qué?

ADELAIDA. (*Siguiéndole.*) Nada! Vamos en busca de mis vasallos egipcios.

CRAMMER. Anda tú á la orquesta, camueso. (*Vanse Autor, Adelaida, Crammer.*)

ESCENA IV.

PETERS. *Despues* DOS HOMBRES.

PETERS. (*Gritando.*) No, no quiero ir á soplar para que otros se diviertan! Qué tengo yo que ver con los egipcios ni con su reina? Y ella, ella, la taimada, bien me ha entendido..... (*Sosegándose.*) Cómo he de tocar con tales pensamientos en la cabeza? Apenas sale ella á la escena, alzo la vista y se me crispan los dedos, y me falta el aliento ó sale á borbotones produciendo sonidos imprevistos, á los que el vulgo llama galli-pavos. Ah! tales son los efectos del amor en un instrumento de viento. (*A la flauta.*) Y no tienes tú la culpa, flauta de mi alma... al contrario tú eres mi único consuelo, y cuando el amor me ahoga te llevo á los labios (*Lo hace.*) y soplo, y... (*Al ir á tocar se detiene viendo que la puertecita izquierda se abre. Salen dos hombres el uno con una cajita y el otro con un canastillo de flores.*) Eh? qué es esto?

UNO. (*Deteniéndose.*) Oh!

PETERS. Venís equivocado...

LOS DOS. Ah! (*Van á marcharse.*)

PETERS. Este es el cuarto de la prima donna, de Adelaida Walstein.

LOS DOS. (*Volviendo.*) Oh! (*El uno pone el canastillo en la mesa derecha, y el otro la cajita en la izquierda.*

PETERS. No... no dejeis eso. (*Mirando.*) Flores! un estuche! Qué infamia! De dónde viene esto? (*Los dos hombres le saludan, y hacen ademan de marcharse.*) Cómo! cómo! á mí cortesías? Lo que yo quiero es saber...

LOS DOS. (*Sonriendo.*) Ah! (*Van á marcharse.*)

PETERS. (*Estorbándoles el paso.*) No saldreis hasta decirme...

LOS DOS. Oh! (*Siguen andando hácia la izquierda.*)

PETERS. Aqui no hay ah! ni oh! que valga. Para salir teneis que pasar al traves de mi cuerpo. (*Está en la misma puerta.*)

LOS DOS. Ah! (*Le empujan y le meten dentro cerrando la puerta. Hecho esto, se marchan depriesa por el foro al tiempo que sale Adelaida, á la que saludan.*)

ADELAIDA. (*Mirándolos sorprendida.*) Qué es esto? (*Peters

vuelve á abrir la puerta, y se arroja sobre Adelaida creyendo hallar á los hombres.)

ESCENA V.

ADELAIDA. PETERS.

PETERS. (*Fuera de sí.*) Infámes! Pillos!

ADELAIDA. Dios mio!

PETERS. (*Reconociéndola.*) Calla! sois vos?

ADELAIDA. (*Riendo.*) Ja, ja! Qué cara!

PETERS. Señora, mi cara no viene ahora al caso.

ADELAIDA. Pero, qué teneis? Qué sucede?

PETERS. Qué sucede! Qué sucede? Oh! Qué querian? De dónde venian? Adónde van?

ADELAIDA. Quiénes?

PETERS. Esos lacayos, esos encubridores, esos.... voy corriendo....

ADELAIDA. Pero qué es lo que os han dicho?

PETERS. (*Volviendo.*) Qué me han dicho? Esto: oh! ah! oh! ah!

ADELAIDA. (*Riendo.*) Y no los conoceis?

PETERS. Señora, yo no conozco á ladrones.

ADELAIDA. Como? han robado?..,

PETERS. Al contrario: mirad. (*Mostrando la cajita.*)

ADELAIDA. (*Abriéndola.*) Ah! han traido.... y los llamais ladrones. Mirad qué aderezo! (*Pone la caja sobre la mesa.*)

PETERS. (*Con solemnidad.*) Son ladrones del honor, señora!

ADELAIDA. Qué tono tan solemne! Ja, ja!

PETERS. (*Riendo tambien de cólera.*) Ja, ja! Las flores pasen que es cosa ligera; pero un aderezo de brillantes! Eso es miserable! Nada, voy corriendo, y donde quiera que los encuentre los destrozo, los hago añicos.

ADELAIDA. Vais á dar un escándalo?

PETERS. Sí, señora; quiero escándalo, lo deseo con ansia.... Voy á contárselo á mi tio.

ADELAIDA. Cielos! oid, Peters....

PETERS. Dejadme. (*Vase.*)

ADELAIDA. (*Siguiéndole.*) Os prohibo... Bien mirado, á mí que me importa? soy dueña de mí misma. Pobre Peters! me ama, y yo tambien le amaba antes... pero ahora me

temo mucho... Cómo habrán entrado para poner aqui esas flores y ese aderezo? (*Se ha sentado, y mientras habla abre Jorge quedito la puertecilla, y se acerca á ella sin ser visto.*)

ESCENA VI.

ADELAIDA. JORGE.

JORGE. Como entro yo.

ADELAIDA. Ah! sois vos? si os sorprenden aqui como en Florencia...

JORGE. Oh! aqui seré mas afortunado... no os robarán á mi amor...

ADELAIDA. Pero es una imprudencia...

JORGE. Sosegaos..... Me hallaba en el teatro, conmovido al presenciar vuestros triunfos.

ADELAIDA. Ah! Estabais alli? Sin duda en el palco cerrado de la derecha?

JORGE. Vuestro corazon os lo hizo adivinar?

ADELAIDA. Creo que sí.

JORGE. Ya habíais cesado de cantar y todavia os oia yo...... Llevado de no sé qué encanto he venido... como ayer.

ADELAIDA. Os esperaba.

JORGE. De veras?

ADELAIDA. (*Levantándose.*) Pero decidme, esos regalos que han dejado ahí...?

JORGE. No hableis de eso; son algunos adornos que faltan á la reina de Egipto.

ADELAIDA. Hay regalos que solo pueden admitirse de un amigo... y yo no os conozco.

JORGE. Que no me conoceis! Aun en Florencia no os era ya lícito decirlo, cuando el viagero desconocido os manifestaba un amor que principió en el convento, y que la ausencia no habia hecho mas que aumentar. Hoy ya... ya somos antiguos amigos. (*La toma la mano.*)

ADELAIDA. (*Retirándola conmovida.*) Muy pronto es!

JORGE. Habeis olvidado quizás aquella sencilla corona de flores que un dia puse en vuestra frente? Por cierto que fue de muy buen agüero, porque se ha trocado en una corona real.

ADELAIDA. (*Sonriendo.*) Ay! Esa corona brilla á lo lejos, pero de cerca es solo oropel. Mas vos, señor consejero, habeis ascendido?

JORGE. Un poco.

ADELAIDA. Cuánto me alegro! Supongo que al advenimiento del nuevo rey de Inglaterra, que era amigo vuestro?

JORGE. Eso es... pero el amor me hace olvidar mis títulos, mi gerarquía...

ADELAIDA. Vuestra gerarquía! la de consejero?...

JORGE. Algo mas.

ADELAIDA. Ministro?

JORGE. Mas que eso.

ADELAIDA. Príncipe?

JORGE. Os puedo asegurar que de todos los cortesanos que rodean al rey Jorge no hay ninguno que posea cual yo su confianza. (*Acercándose.*) Y si me amais un poco, no lo llevará á mal.

ADELAIDA. De veras?

JORGE. Me aprecia tanto, que no puede menos de tomar parte en mi dicha.

ADELAIDA. Mucho me alegro... y ya que es asi, quiero sin escrúpulo utilizar vuestra amistad con el soberano. ¡Puede S. M. hacerme tan dichosa!

JORGE. Creo que él lo desea tambien.

ADELAIDA. Cómo lo sabeis vos?

JORGE. Acaba de decírmelo.

ADELAIDA. Os ha hablado de mí!

JORGE. Hace un instante. Llegó ayer de incógnito.

ADELAIDA. Ah! ya comprendo; está con vos en el teatro... en aquel palco cerrado... Qué dicha! Oh! quiero agradarle, quiero que no pueda rehusarme...

JORGE. Qué?

ADELAIDA. En primer lugar que alce el destierro á mi padre, y despues recordarle la solicitud de una antigua compañera de convento á quien no he olvidado, Sofia de Zell..... aquella que os entregó en el convento una instancia que por cierto no tuvo resultado.

JORGE. Ya sabeis que por aquel tiempo el príncipe tenia solo veinte y tres años, y dependia de una regencia. Esta temia al conde de Zell por su prestigio, por su parentesco con la anterior dinastía...

ADELAIDA. Pues bien, ahora que ya no hay regencia me ayu-

dareis á encontrar á Sofia. Me presentareis á S. M.?

JORGE. Esta noche misma.

ADELAIDA. Vendrá aquí?

JORGE. Aqui no es posible. Pero la nobleza de la corte quiere obsequiarlo esta noche con una partida de caza á la linterna, una caza nocturna al uso del pais.

ADELAIDA. Será cosa curiosa?

JORGE. Ireis á ella.

ADELAIDA. Yo? Oh! cómo me alegro!

JORGE. Conmigo.

ADELAIDA. (*Dándole la mano.*) Asi lo suponia.

JORGE. Adelaida! (*Aparte.*) Será mia! (*Alto.*) Vendrá un carruage á recogeros á la puerta del teatro... Subireis á él?

ADELAIDA. Sí, con mi maestro Crammer.

JORGE. (*Aparte.*) Demonio! Eso no me conviene. (*Alto.*) Debeis tener confianza en mí, que soy vuestro amigo.

ADELAIDA. Ya veis si la tengo cuando me decido á ir...

JORGE. Sola... os lo suplico...

ADELAIDA. Sola! Pues si Crammer... (*Sale Crammer.*) Ya lo veis; no se separa nunca de mí.

ESCENA VII.

DICHOS. CRAMMER. *A poco* EL AUTOR.

CRAMMER. (*Al foro.*) No me engañó Peters. (*A Adelaida.*) Adelaida. (*Yendo hácia Jorge.*) Por quién pregunta este caballero?

JORGE. Por vos no.

CRAMMER. (*Colérico.*) Es que... (*Aparte.*) Calla! Pues yo he visto esta cara en alguna parte!

JORGE. (*Bajo.*) Vendrá á avisaros uno de mis criados, el cual os dirá por contraseña «amor.»

CRAMMER. Señor mio....

ADELAIDA. Amor!

CRAMMER. Caballero, aqui no se entra sino para... (*Aparte.*) Cuando digo que le he visto en alguna parte!...

JORGE. (*Sin oirle.*) Cuento con que no faltareis.

CRAMMER. Eh? Os repito, caballero, que.... (*Se detiene mirándole.*)

Jorge. Qué?

Adelaida. Qué?

Crammer. (*Muy recio.*) Que yo os he visto en alguna parte.

Los otros dos. (*Riendo.*) Ja, ja, ja!

Autor. (*Dentro.*) Qué desgracia! Dónde está?

Peters. (*Dentro.*) Ja, ja!

Crammer. (*A Jorge.*) Salid, salid de aqui al momento. (*Cerrando el paso de la puertecilla.* No; por aqui no; sin ningun misterio. Que se sepa que ella os echa de su presencia.

Jorge. De ningun modo.

Adelaida. (*Acercándose á Crammer.*) Pero, querido maestro, vos no sabeis... me ha dicho...

Jorge. (*Que estaba hácia el foro.*) Ya vienen. Aqui me meto. (*Entrase en el tocador sin ser visto en el momento en que salen los demas.*)

ESCENA VIII.

ADELAIDA. CRAMMER. PETERS. AUTOR. *Varios* CANTANTES *y* CORISTAS.

Peters. (*Muy alegre y estregándose las manos.*) Bravo! Ya acabé por esta noche, y ella tambien.

Autor. No puede ser!

Adelaida. Qué hay?

Peters. (*Estorbando al autor que hable.*) Qué hay? que no puede seguir la representacion.

Crammer. Cómo?

Adelaida. Gran Dios!

Peters. Por esta noche no os presentareis mas á ese público chavacano.

Adelaida. Esplicaos... Qué ha sucedido?

Autor. Que el esclavo encargado de presentar los áspides á la reina... al salir de su cuarto...

Peters. (*Riendo.*) Ha rodado toda la escalera...

Autor. Y se ha desconcertado un pie.

Crammer. (*Con viveza.*) Pues buscad otro.

Adelaida. Sí, otro que ocupe su puesto.

Autor. Y lo que tiene que cantar?

Peters. Ahí está el caso. Es un partiquino.

Crammer. Es verdad; tiene aquella melodía entre el andante y la cabaleta del soprano al tiempo de presentar los áspides,

Regina, al tuo comando
pronto mi trovo ognor.

Adelaida. Adios todos mis proyectos y esperanzas!

Peters. Un medio hay de salir del apuro.

Los tres. Cuál?

Peters. Volver el dinero al público.

Autor. (*Furioso.*) Volver el dinero!

Adelaida. (*Reflexionando.*) Esperad.

Peters. Sí, que se vaya cada cual á su casa... y volved el dinero.

Autor. (*Tirándose á él.*) Volver el dinero! Es una infamia solo el pensarlo! No, nùnca lo haré, y aunque vos mismo tuviérais que cantar el papel....

Peters. Yo?

Crammer. (*Riendo.*) Cantar Peters!

Adelaida. Ah! Teneis razon... No habrá que volver el dinero... Oid. (*Habla bajo con el Autor.*)

Autor. Eso es! Salimos del apuro. (*Vase corriendo.*)

Peters. Adónde va?

Crammer. Irá sin duda á mandar que anuncien al público....

Adelaida. Qué! no.... Siendo un papel tan corto... y una melodía tan linda. Vos la sabeis, no es verdad, maestro?

Crammer. Que si la sé? (*Canta.*) Regina, etc. Pues acaso no sé yo todas las óperas que tú cantas?

Adelaida. Pues bien... ya un dia me dísteis la mano para presentarme de nuevo al público que me llamaba...

Peters. Sí, en Florencia.

Autor. (*Que vuelvê á entrar con un trage y dos criados del teatro.*) Vamos pronto, señor Crammer.

Crammer. Eh?

Adelaida. Poneos ese trage.

Crammer. Yo?

Autor. Y asi no habrá que devolver el dinero!

Crammer. Ave María! Qué horror! (*A los criados que se acercan á ponerle el trage.*) Largo de aqui!

Autor. Vos, señora, vais á salir dentro de un instante. (*Va al foro.*)

Crammer. (*Forcejeando con los criados.*) Como me enfade!..

Peters. Mi tio vestido á la egipcia! Ja, ja!

CRAMMER. Yo, que he sido maestro de canto en un convento!

ADELAIDA. Con que no quereis sacarme de un apuro!... á mí, que soy vuestra discípula predilecta... Dejar desairada á una concurrencia tan lucida! Y sobre todo cuando está ahí él... él.

PETERS. Quién es él?

ADELAIDA. (*Conteniéndose.*) Ah! Vos no sabeis; no os he dicho... (*Bajo.*) El rey.

CRAMMER. Cómo? El?...

ADELAIDA. Chist! Es un secreto! Pero ha venido á oirme... y la vuelta de mi padre depende...

CRAMMER. Ay Dios mio! Está delante el... Pero cómo he de poder yo?... Regina, etc.

PETERS. Se va á desafinar.

CRAMMER. Desafinar yo!... Yo? Quieres provocarme! (*Canta.*) Regina, etc.

ADELAIDA. Eso es! Perfectamente! Mejor que el que lo hacia antes.

CRAMMER. (*Canta.*) Mi trovo, etc.

PETERS. Eso es ahullar!

CRAMMER. Mientes!

AUTOR. (*Que estaba en el foro.*) Por Dios, señora, que principia el ritornelo del aria.

ADELAIDA. Voy corriendo. (*A Crammer.*) Si me abandonais perdí la última esperanza, y dejaré el teatro. (*Vase corriendo.*)

CRAMMER. (*Gritando.*) Abandonarte yo! A tí que eres mi discípula querida, y cuando el rey puede... (*Cantando muy recio y mientras le visten.*)

PETERS. Cada gallipavo que vais á dar!

CRAMMER. (*Sentándose en una silla que acerca el Autor.*) Me van á silbar, sin remedio! Y estando el rey delante.

PETERS. El rey!

CRAMMER. No, yo no he dicho... Disfrazadme bien.

AUTOR. La peluca! El gorro!

CRAMMER. Qué diablos me estais poniendo en la cabeza? Regina, etc.

PETERS. Y él se deja!

CRAMMER..... Mi trovo etc. Ponedme colorete!

AUTOR. Voy, voy.

CRAMMER. En toda la cara: pintadme todo para que no me conozcan. (*Canta.*) Mi trovo... si...

PETERS. Buena facha!

CRAMMER. (*Irritado.*) Calla, infeliz! y cuidado con decir á nadie!... (*Dirigiéndose al cielo.*) Y tú, santo Ángel de mi guarda, perdona mi error y cierra los ojos!

PETERS. No, lo que habeis de pedirle es que cierre los oidos. (*Se oyen aplausos y bravos del público.*)

AUTOR. Señor Crammer!

CRAMMER. Qué hay?

AUTOR. Se acabó el andante. Ahora es la salida.

CRAMMER. Ay Dios mio! Es imposible que yo pueda... Se me va la cabeza!

PETERS. Bravo! ahora se va á poner malo!

AUTOR. (*Agarrando á Crammer.*) Que ya no hay tiempo. Vamos!

PETERS. (*Tirando del otro lado.*) Dejadle, sino puede andar.

CRAMMER. Que me lastimais. Ay Adelaida, solo por tí! (*Canta.*) Regina al tuo commando.

PETERS. Pero tio!...

AUTOR. (*Llevándoselo.*) Me salvais mas que la vida.

CRAMMER. (*Vase casi arrastrado por el autor.*) Regina al tuo commando. Pronto mi trovo.

ESCENA IX.

PETERS. *Despues* JORGE.

PETERS. (*Al foro.*) No va á poder dar un paso en la escena! Si Dios quisiera que le silbaran!... Los dos dejarian el teatro... Oh! voy á ver, voy á gozar...

JORGE. Ya se han marchado.

PETERS. (*Aparte.*) De dónde sale éste ahora?

JORGE. (*Cerrando la puerta.*) Vamos pronto, á disponer que venga un coche...

PETERS. Es el mismo á quien ví de espaldas. Reconozco su cara.

JORGE. (*Yendo á salir por la puertecilla.*) Será mia! (*Viendo á Peters.*) Gente aquí!

PETERS. Qué buscais, caballero?

JORGE. (*Mirándole y riendo.*) Calla! No me engaño! (*Aparte.*) El flautista!

PETERS. (*Levantando la voz.*) Qué buscais aquí, caballero?

Jorge. (*Riendo.*) Já, já!

Peters. (*Aparte.*) Válgame la prudencia. (*Alto.*) Quién sois, señor mio?

Jorge. (*Soltando la carcajada.*) Já, já, já!

Peters. (*Colérico.*) Caramba! Ya os diré yo!... (*Va hácia Jorge.*)

Jorge. Ea, dejadme pasar, amigo.

Peters. Amigo! Yo no soy amigo vuestro. (*Jorge va á pasar y Peters va á detenerle.*) He de saber...

Jorge. (*Erguiendo la cabeza, haciéndose atrás y poniéndose el sombrero.*) Miserable! Hablais con el rey!

Peters. (*Aterrado.*) El... el rey... Misericordia!

Jorge. (*Acercándosele y con voz baja y enérgica.*) Si decís la mas mínima palabra que pueda descubrirme... (*Vase.*)

Peters. (*Dejándose caer en una silla.*) Ay de mí!

ESCENA X.

PETERS. ADELAIDA.

Adelaida. (*Saliendo.*) Bravo! Sí, aplaudidle, que bien lo merece. (*Viendo á Peters que se ha quedado inmóvil.*) Hola, Peters! No sabeis que vuestro tio...

Peters. (*Confundido.*) Quién lo hubiera creido!

Adelaida. Ha cantado admirablemente! Y yo estoy llena de alegria y de cansancio. Nos han cubierto de flores y de coronas...

Peters. (*Levantándose.*) Y vos nada me habiais dicho!

Adelaida. Pues si os lo estoy diciendo! Todos le rodean y le abrazan. Está fuera de sí.

Peters. Era él.

Adelaida. Ay Dios mio! Qué os ha dado? Quién es él?

Peters. El rey!

Adelaida. Ah! con que sabiais... pues sí, está en un palco.

Peters. No, señora, no... aqui en vuestro cuarto.

Adelaida. Eh? Peters, esplicaos por Dios.—Si habeis visto aqui algun desconocido...

Peters. Pues, sí señora; pero no era un desconocido, era el rey en persona.

Adelaida. Estais loco!

Peters. Negadlo!... negadlo cuanto querais... acabo de oír-

selo á él mismo de su boca... de su augusta boca...

ADELAIDA. Era el rey!

PETERS. Y ha hecho bien en decírmelo, porque si se descuida le arrimo... Oh! frio me da el pensarlo... las piernas me flaquean. (*Vuelve á dejarse caer en un asiento.*)

ADELAIDA. (*Muy agitada y aparte.*) En efecto... acosado por mis preguntas me dijo que era mas que consejero... mas que ministro... Y el desconocido de Florencia era él tambien... el rey!... me engañaba... y yo le amaba ya.

PETERS. (*Levantándose.*) Eh? le amais?

ADELAIDA. Pero no, no me engañaba... queria hacerse amar por sí mismo. Cinco años hace que me conoció, y otro tanto tiempo que me prodiga sus obsequios.— Oh! pobre corazon mio, no me atrevo á interrogarte... Desechemos estas locas ideas.

PETERS. Ea, ya habla sola... la ha vuelto el juicio. Adelaida, no me separo de vos, ni un solo instante...

ESCENA XI.

DICHOS. CRAMMER. AUTOR. CANTANTES. CORISTAS.

(*Crammer entra rodeado de todos y cargado de flores y coronas. En la cabeza lleva puesta una de estas.*

TODOS. Bien! Bravo!

AUTOR. Aqui está! Aqui está!

CRAMMER. (*Fuera de sí.*) Oh! Qué hermoso es el teatro! Peters, abrázame. Que todo el mundo me abrace.

PETERS. Dejadme!

CRAMMER. Silencio! Me parece que aun estan aplaudiendo. (*Acercándose á Peters.*) Peters, me han aplaudido.

PETERS. No quiero oir disparates!

CRAMMER. Te digo que me han aplaudido; y sino pregunta á los señores...

TODOS. Sí, sí. Es verdad!

CRAMMER. (*A Adelaida.*) No es cierto que he cantado?

ADELAIDA. Perfectamente.

PETERS. Y en tanto estaba aqui...

ADELAIDA. (*Deteniéndole.*) Peters.

CRAMMER. (*Con entusiasmo.*) Escelente público! Público selecto! Eso es lo que se llama tener inteligencia! (*Casi llorando.*) Me han aplaudido!.. (*Gritando.*) Bravo! bravo!

PETERS. Magnífico! Ahora se aplaude él á sí mismo.

CRAMMER. Mira cuántas flores, cuántas coronas...

ADELAIDA. Bien ha ganado la suya!

CRAMMER. Vino á caer precisamente sobre mi cabeza, y... alli la dejé. Cenaré con ella, me acostaré con ella y...

TODOS. (*Riendo.*) Já, já!

PETERS. Pero vos, tio, no sabeis...

ADELAIDA. (*Aparte, muy agitada.*) Y la cita que me ha dado... el coche que ha de venir á buscarme!... Oh, Dios mio! (*Se sienta.*)

AUTOR. (*A Crammer.*) Pues tambien la orquesta quiere daros una serenata...

CRAMMER. Una serenata! Vamos, si es mucho!

PETERS. (*Gritando.*) No es para vos.

CRAMMER. Si tal; para los dos. Toma, Peters, recoge esas coronas...

ADELAIDA. (*Aparte.*) Oh! no sé qué hacer... me ha prometido el perdon de mi padre!...

PETERS. Para coronas estoy yo ahora.

CRAMMER. Las hay de todos colores... Mira.

ADELAIDA. (*Aparte.*) Oh! Lo conozco... no debo ir... pero... Ah! Soy perdida si alguien no viene á mi socorro. (*Crammer se ha detenido viendo una corona de hojas secas que separa de las demas.*)

CRAMMER. Qué es esto?

PETERS. Calle! Una corona de hojas secas!

ADELAIDA. (*Se acerca á ellos.*) Eh? Pues cómo?

PETERS. (*Riendo colérico.*) Esa es para mi tio, para mi tio!

CRAMMER. Canario! Pues si yo supiera... (*Va á romper la corona y se detiene.*) Una carta!

PETERS. Una esquelita!

ADELAIDA. (*Tomándola con viveza.*) Venga. (*Titubeando.*) No me atrevo... quizás...

PETERS. Será de... de él, quién lo duda? (*Adelaida abre el papel con viveza.*)

CRAMMER. Él? Quién es él?

ADELAIDA. (*Dando un grito.*) Sofia!

CRAMMER Y PETERS. Sofia!

ADELAIDA. (*Leyendo.*) «Cinco años han transcurrido, y me has olvidado.» Sofía! Estaba ahí!

PETERS. En el teatro!

CRAMMER. Pobre muchacha!

ADELAIDA. (*Besando la corona.*) Mi hermana! Mi amiga!... Sí! Y esta corona es la que yo le dí por la suya en el convento. (*Mirando la carta.*) Cinco años! Tiene razon. Hoy los hace, hoy 24 de agosto... Quedamos citadas, y yo he olvidado... Oh!

PETERS. (*Bajo.*) Toma! El... un rey... hace olvidar á los amigos.

ADELAIDA. Callad! Callad! (*Leyendo para sí.*) «Si la reina Cleopatra quiere aceptar el convite de una antigua compañera y cenar con ella... esta noche irán á buscarla á su cuarto. Si no olvida esta cita como la primera, no titubeará en seguir á quien la diga la palabra *Amistad.*» Oh! sí, sí. Pero si ha venido al teatro aun debe estar ahí. Maestro, Peters, id corriendo. Preguntad...

CRAMMER. A quién?

ADELAIDA. Id, id é informaos. (*Los dos van á marcharse.*)

AUTOR. (*Sale apresurado y seguido de uno de los dos desconocidos.*) De parte del rey!

ADELAIDA. Del rey!

CRAMMER. Del rey!

PETERS. Del rey! Ahora me prenden! (*Se oye dentro la serenata que empieza.*)

AUTOR. Ya empieza la serenata.

PETERS. Pues viene á pelo!

CRAMMER. Anda tú á tocar.

PETERS. (*Colérico.*) Yo!

EL DESCONOCIDO. (*Acercándose.*) Una carta de S. M. para el maestro Crammer.

PETERS. Para mi tio!

CRAMMER. (*Estupefacto.*) Para mí! (*El autor muestra á Crammer. El desconocido le da una carta, y se acerca despues á Adelaida.*)

DESCONOCIDO. (*Bajo.*) El coche os espera. (*Adelaida le mira con sorpresa; él la saluda y dice mas bajo* Amor.)

ADELAIDA. (*Aparte.*) La señal convenida!

CRAMMER. (*Despues de leer.*) Amigos! No puedo mas! S. M. me manda ir al instante á palacio.

ADELAIDA. Pues cómo?

PETERS. (*Haciendo estremos y aparte.*) Eso! Para separarlo de ella.

CRAMMER. (*Conmovido.*) S. M. habla aqui de mi talento, de mi gloria! Oh, qué gran príncipe! Escelente soberano!

PETERS. (*Aparte.*) Pobre viejo! Cómo le doran la píldora! (*La puertecita se abre y entra un page; todos se hacen atrás.*) Qué otra embajada será esta?

PAGE. (*Bajo á Adelaida.*) El coche espera. (*Adelaida le mira con sorpresa.*) Amistad.

ADELAIDA. (*Mirando la carta.*) La misma palabra que dice la carta.

DESCONOCIDO. (*Mostrando el foro.*) Señora...

PAGE. (*Mostrando la puertecilla.*) Señora...

ADELAIDA. (*Aparte, con orgullo.*) Oh! el rey! (*Con emocion.*) Sofia! Sí, si es un aviso del cielo. (*Con resolucion.*) Amistad!

CRAMMER. (*Fuera de sí.*) Qué triunfo! Me llama el rey. (*Adelaida sigue resueltamente al page por la puerta secreta.*)

PETERS. (*Siguiendo á Adelaida.*) Suceda lo que quiera, no me separo de ella. (*La serenata ha continuado oyéndose, y al final suena con gran fuerza.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La accion pasa en un sitio real, á dos leguas de Hannover. Un gran salon con puerta en el fondo y laterales. El teatro está alumbrado por una araña.

ESCENA PRIMERA.

EL REY JORGE. LA REINA SOFIA.

(*Sofia está sentada cerca de una mesa, y Jorge á su lado de pie, con una corona en la mano.*)

JORGE. Os juro, mi querida Sofia, que esta corona os caerá admirablemente. Nuestros estados de Hannover os han hecho un magnífico regalo. Os parece muy pesada? (*Colocando la corona en la frente de Sofia.*)

SOFIA. En vos consiste que su peso me sea ligero. (*Quitándose la corona y colocándola sobre la mesa.*)

JORGE. (*Con impaciencia.*) Siempre injusta conmigo, Sofia!

SOFIA. (*Con ternura.*) Os amo tanto!

JORGE. Y yo, no os he dado prueba ninguna de amor? Duque de Hannover, presunto rey de Inglaterra, todas las casas soberanas de Europa me ofrecian algun brillante matrimonio; sin embargo, yo elegí á mi esposa entre las mas hermosas damas de la nobleza de Hannover. Yo elevé á Sofia de Zell al rango de duquesa, y Dios la hizo reina de Inglaterra.

SOFIA. (*Echando un velo sobre la corona.*) El cielo me es

testigo, Jorge, de que no ambicionaba tanta grandeza: á mí me basta vuestro amor.

JORGE. Y podeis dudar de él?

SOFIA. Oh! sí.

JORGE. Por qué razon. (No sé como evadirme...)

SOFIA. En otro tiempo, antes de nuestra salida de Londres, participaba yo de todos vuestros placeres, y tambien de vuestros secretos. Desde que hemos vuelto á Alemania, y especialmente dos dias há, noto que andais caviloso y distraido.

JORGE. Oh! los negocios de estado!...

SOFIA. Os ausentais muy amenudo, y esta misma noche...

JORGE. Esta noche? ya sabeis que la nobleza de Hannover ha dispuesto una caza nocturna en mi obsequio, y no puedo dispensarme de asistir á ella.

SOFIA. Y por qué no quereis que yo vaya?

JORGE. Eso es imposible: aun no os habeis presentado á mi nobleza con la solemnidad que requiere la etiqueta.

SOFIA. Decid mas bien que mi presencia os importuna.

JORGE. Teneis celos?

SOFIA. Celos! sí, Jorge: lo confieso con ingenuidad. Yo creo que tanto en vuestros placeres como en vuestras desgracias, tengo un derecho á reclamar mi parte.

JORGE. Pero ya veis que por hoy es imposible. Pronto darán las doce.

SOFIA. Las doce? (*Aparte.*) (Dios mio!)

JORGE. (Si se obstina en detenerme...)

SOFIA. (*Con viveza.*) Decis bien: no teneis que perder tiempo.

JORGE. Eh? (Qué capricho! ahora procura alejarme.) Aun no tengo prisa.

SOFIA. Sí, sí, apresuraos.

JORGE. (*Aparte.* Cosa mas singular!) Sofia, decis que estais inquieta, y sin embargo, vos misma me aconsejais que parta!

SOFIA. No debeis haceros esperar.

JORGE. Seguramente; pero otro cualquiera en mi lugar, tendria tambien derecho á abrigar alguna inquietud... y aun celos.

SOFIA. Celos, Jorge? es posible?

JORGE. No digo que los tenga; pero al cabo, no puedo olvidar que está aquí el conde de Kœnigsmark, vuestro compañero de infancia.

SOFIA. Ah! qué estais diciendo?

JORGE. Perdonad! pero esta noche pasada habeis salido de palacio: lo sé muy bien.

SOFIA. (*Observándole.*) No os lo niego: á pesar de vuestra prohibicion, tenia deseos de entrar en la ciudad... donde vos estábais.

JORGE. Hubierais hecho mal: están preparando en ella los festejos para vuestro recibimiento, que será en el dia de mañana.

SOFIA. Es el caso, que no podia contener mi impaciencia, por volver á visitar mi convento del Ave-Maria, cuyos recuerdos me son tan gratos. Ah! en él fué donde os ví por la primera vez. Os acordais de una jóven llamada Adelaida?

JORGE. Adelaida? No sé de quién me hablais.

SOFIA. Una de mis compañeras, que es actiz del teatro de Hannover.

JORGE. No sé á punto fijo... (*Aparte.*) Si sospechará algo!

SOFIA. Tendria una satisfaccion en volverla á ver.

JORGE. Qué decis! una reina de Inglaterra... (*Aparte.*) Yo procuraré estorbarlo.

SOFIA. Pero...

JORGE. Basta! basta! os prohibo que penseis en semejante delirio.

SOFIA. (*Aparte.*) Ah! si supiera!...

JORGE. Qué teneis?

SOFIA. Nada! Mirad, ya han dado las doce.

JORGE. (*Aparte.*) Por lo visto, quiere que me vaya.

SOFIA. (*Aparte.*) Si irá á quedarse!

JORGE. No sé qué pensar, Sofia, de ese cambio repentino.

SOFIA. Oh! la palabra de un rey es sagrada. (*Se abre la puerta del fondo y salen varios señores de la nobleza, dos criados, los dos desconocidos del acto segundo y un page.*)

ESCENA II.

DICHOS. NOBLES. CRIADOS. *Luego* CRAMMER.

JORGE. Qué es eso?

CRIADO 1.º Señor! los monteros que deben acompañar á V. M.

JORGE. Muy bien: que pasen. (*A Sofia.*) Quiero presentártelos. (*El criado 1.º se va á una señal de Jorge.*)

SOFIA. (*Aparte.*) Hago mal en engañarle.

JORGE. (*Aparte al 2.º criado.*) Están ejecutadas mis órdenes?

CRIADO. Sí, señor!

JORGE. La persona que os he indicado...

CRIADO. Estará aquí á la hora convenida.

JORGE. Y Crammer?

CRIADO. En la capilla de palacio.

JORGE. Silencio! (*Salen los caballeros en trage de caza.*) Señores! la reina está presente, y se digna recibir vuestros homenages. (*Los caballeros se acercan á Sofia y la saludan. En el momento mismo, se oyen dentro gritos.*) Qué gritos son esos? (*Sale Crammer en el mayor desorden, luchando con un criado que quiere detenerle.*)

CRAMMER. Dejadme! dejadme! Dónde está el rey? quiero hablar á S. M.

JORGE. Qué es esto?

SOFIA. Qué sucede?

CRAMMER. Cometer conmigo un rapto! Encerrarme á mí!

SOFIA. Crammer aquí!

JORGE. (*Aparte.*) Malo! El maestro de canto!

LOS NOBLES. Qué insolencia! (*Amenazándole.*)

JORGE. Deteneos! (*Aparte.*) Le han dejado escapar, habrá torpes!

CRAMMER. Haceos atrás! (*Dirigiéndose al rey.*) Señor!.... (*Aparte.*) Calla! yo he visto esta cara en otra parte!) Está aquí el rey? Tengo precisamente que hablarle.

JORGE. (*A los nobles.*) Silencio! (*A Crammer.*) Cuidado con decir una palabra!

CRAMMER. Cómo qué? Sí, señor! (*Gritando.*) Cuando digo que yo le he visto en... Ah! ya caigo! creo que ha sido en el teatro... Sí, amigo, sí; espero que vos me aclarareis este misterio... porque os he conocido en cuanto he entrado.

JORGE. A mí?

SOFIA. (*Aparte.*) Qué oigo!

NOBLES. Miserable! es el rey!

CRAMMER. Ay! Dios mio! Perdonad, sí... pero... yo... pues... entonces...

JORGE. (*Aparte á Crammer.*) Basta! no digas una palabra mas.

CRAMMER. Ah!

SOFIA. (*Que ha estado observando á Jorge.*) Qué significa

esto? Señor, dignaos permitirle que esplique estos enigmas. Vamos, Crammer, habeis dicho que...

Crammer. Perdonad, señora; pero yo... (*Conociéndola.*) Jesucristo!... esa cara... esas facciones!... Sí, es Sofia..... Sofia mi discípula! Cuánto me alegro de volverte á ver! Venga un abrazo!

Nobles. Insolente! es la reina!

Crammer. (*Retrocediendo.*) Quién? la... la... Ah! señora! perdonad si... yo...

Sofia. Tranquilizaos, Sr. Crammer: nada temais, y contadnos por último... (*Crammer mira al rey, y este le hace señas de que calle.*)

Crammer. (*Aparte.*) La reina me dice, «habla» y el rey me dice, «calla!» No sé como salir del paso.

Sofia. Acabais? (*Crammer mira al rey.*)

Jorge. Ya que el Sr. Crammer ha dado lugar á ello, es fuerza que lo sepais todo, señora. Yo soy el que ha mandado que le conduzcan aquí.

Crammer. Y con qué derecho?... (*Conteniéndose.*) Perdonad, señor! es una honra para mí, de la que estoy contento y orgulloso.

Jorge. No ignoraba que el señor es el primer músico de Alemania, y que por un esceso de modestia, propio del verdadero mérito, evitaba todas las ocasiones de brillar en el mundo; y al cabo, ha sido necesario emplear la violencia, para decidirle á componer una marcha triunfal para la ceremonia de mañana.

Crammer. Qué oigo! yo!...

Jorge. Reservándome la satisfaccion de recompensarle con el nombramiento de maestro de mi capilla.

Crammer. (*Gozoso.*) Yo maestro de capilla! Ah, señor! me ahoga la alegria!

Sofia. Ah, Jorge! cuántas bondades! Yo os agradezco lo que habeis hecho, porque Crammer era mi maestro de canto en el convento del Ave-Maria.

Jorge. Qué casualidad! yo no sabia nada.

Sofia. No le habiais conocido?

Crammer. Vaya! Sí...

Jorge. Ya habeis dicho bastante. (*Aparte á Crammer.*)

Sofia. Aunque vuestra discípula no os haya hecho honor, no os ha olvidado nunca.

Crammer. Es posible, Sofia... señora? (*Aparte.*) No puedo

acostumbrarme.) (*Se acerca un page á la reina y la habla en voz baja.*

PAGE. Ahí está.

SOFIA. (Adelaida!)

JORGE. Adios, Crammer! aplicaos mucho: yo os lo pido, y vuestra gloria lo exige. (*A los criados.*) Conducidle á la sala de los conciertos, y que en ella se le ponga un clave. (*Aparte á los criados.*) Encerradle de modo que no vuelva á escaparse.

CRAMMER. Cuántas bondades, mi adorado monarca! Si yo hubiera podido adivinar...

JORGE. (*Aparte.*) Así no podrá estorbarme ni venderme. Partamos, señores! (*A Sofia.*) Hasta mañana al rayar el dia.

SOFIA. Mañana! (*Alargándole la mano.*) Acaso mañana tendré que pediros perdon...

JORGE. De qué, Sofia?

SOFIA. Ya os lo diré. (*Los criados se van por la derecha conduciendo á Crammer: el rey se va con los nobles por el fondo.*)

ESCENA II.

SOFIA. EL PAGE.

SOFIA. Ah! su ausencia me lastima, y sin embargo deseaba que partiese. (*Al page que se acerca á ella.*) Está ahí?

PAGE. Las órdenes de V. M. están cumplidas. (*La reina tira de una campanilla: un momento despues se abre la puertecilla de la derecha.*)

SOFIA. Bien! No ha visto á ninguna persona de palacio?

PAGE. A nadie, señora! pero viene acompañada de un hombre, que sin duda será de su servidumbre.

SOFIA. Vos no le habeis dicho nada!

PAGE. Nada, absolutamente, á pesar de que me ha hecho mil preguntas. Yo mismo, embozado en mi capa, no habré podido parecer á sus ojos mas que un simple criado.

SOFIA. Todo está bien: decidla que entre. (*Vase el page.*)

ADELAIDA. (*Dentro.*) Cómo es eso? no puede entrar? y por qué? (*Dos criados traen una mesa espléndidamente servida.*)

SOFIA. Retiraos.

ESCENA IV.

SOFIA. ADELAIDA.

Sofia se ha retirado al fondo del teatro, de modo que al salir Adelaida no pueda verla.

ADELAIDA. (*Saliendo.*) Pero á dónde me llevais? Dónde está Sofia? Ah! (*Se vuelve, ve á Sofia, y se arroja en sus brazos dando un grito de alegria.*)

SOFIA. Adelaida! mi buena amiga!

ADELAIDA. Tu hermana! Oh! este momento es el mas dichoso de mi vida!

SOFIA. Cómo puedes decir eso cuando me habias olvidado?

ADELAIDA. Oh! calla! calla! Olvidarte yo? Mira! estoy llorando de alegria, y riendo al mismo tiempo. Mírame bien, Sofia: estás bella como siempre.

SOFIA. Y tú mas hermosa que nunca.

ADELAIDA. (*Con aturdimiento.*) Sí, sí... el público me lo recuerda todas las noches. Pero yo no he venido aqui á oir lisonjas, sino á pedirte perdon. Yo no he ido á esa cita sagrada...

SOFIA. Yo sí he ido, Adelaida. Oh! tus palabras estaban aqui grabadas, en mi corazon. «Dentro de cinco años, en semejante dia, sea cualquiera la tierra que habitemos y las circunstancias que nos separen...»

ADELAIDA. Sí, bien me acuerdo.

SOFIA. Esta mañana, llamé á la puerta principal del convento, buscándote por todos aquellos sitios, donde pasamos nuestros mejores años. Por mas que hacia, no podia resolverme á abandonar aquel recinto, porque me parecia imposible que tú faltases á tu promesa. Tenia tanta necesidad de verte, á tí, mi única amiga! Por eso fui al teatro, en secreto, ocultándome en un palco cerrado, donde nadie podia verme: por eso arrojé á tus pies aquella corona, que he conservado cuidadosamente, como mi tesoro mas precioso!

ADELAIDA. Yo tambien conservo la tuya.

SOFIA. Porque debo advertirte, que hasta ayer, no supe yo tu nueva profesion.

ADELAIDA. Ya ves!

SOFIA. Actriz!

ADELAIDA. *Prima donna*, como dicen los italianos: ó mejor dicho, reina, reina de Egipto! Tú me has visto con mi diadema: he cambiado de corona! y esto sin contar otros muchos reinos, y mis tronos vacilantes, que se derrumban al caer el telon del último acto. Pero y tú? el cielo me es testigo de que no te habia olvidado! Hoy mismo he hablado de tí á... á cierta persona!—Oh! desde mañana habia pensado buscarte por todas partes y preguntar á todo el mundo por tí; porque has de saber que aun no he visto á nadie desde mi llegada á Hannover. Crammer no ha permitido que me deje ver, hasta que el buen éxito coronase mi primera salida. Pero yo estoy hablándote de él y de mí, sin preguntarte por tu suerte. Dime qué ha sido de tí en estos cinco años?...

SOFIA. Luego hablaremos de eso: siéntate aqui, en este sillon.

ADELAIDA. Á lo menos, dime donde estoy. (*Mirando á todos lados.*) Oh! tienes una casa magnífica! es tuya?

SOFIA. Es lo mismo que si lo fuera.

ADELAIDA. Y los muebles son riquísimos! tu sillon parece un trono!

SOFIA. Por eso mismo debes ocuparle tú, como reina de Egipto.

ADELAIDA. Tienes razon! Pero dime á lo menos: tu familia ha logrado recuperar la gracia del soberano?

SOFIA. Sí, y le han sido devueltos sus bienes y su crédito.

ADELAIDA. Bien te lo decia yo cuando estábamos en el colegio: los pájaros gordos siempre salen bien. Y hablando de otra cosa: te has casado?

SOFIA. Sí... (*Conteniéndose.*) y no... quiero decir...

ADELAIDA. Sí, y no?.... Quieren casarte contra tu voluntad?

SOFIA. Tú te olvidas de la cena! mira, todo está preparado.

ADELAIDA. Vamos! ya comprendo! no eres dichosa!

SOFIA. Tal vez. (*Suspirando.*)

ADELAIDA. Ah! me lo dices de un modo!... No eres dichosa,

Sofia? eso es horrible! Acaso estarás enamorada como yo. Si supieras... Ya te lo contaré todo, ó casi todo, porque yo tengo mis secretos. Pero tú debes empezar primero: dime...

SOFIA. Por favor, Adelaida, yo tambien tengo mis secretos. Ademas, si nos hemos reunido aqui, ha sido con el objeto de cenar alegremente como dos buenas amigas, para recordar aquellos tiempos del convento del Ave Maria.

ADELAIDA. Sí; cuando á deshoras y en secreto nos comiamos las conservas que podiamos hurtar á las monjas! qué golosas éramos, Sofia! aquel era otro tiempo! en el dia he perdido el apetito.

SOFIA. Menos por esta noche: espero que hagas honor á mi cena. Sentémonos á la mesa.

ADELAIDA. A la mesa. (*Cuando van á sentarse, se oye una flauta: las dos se detienen.*)

SOFIA. (*Con inquietud.*) Qué es eso?

ADELAIDA. Ah! pobre muchacho! me habia olvidado de él!

SOFIA. Quién?

ADELAIDA. Haz que pongan otro cubierto. Entrad, entrad.

SOFIA. Adelaida! qué haces? (*Viendo á Peters.*) Cielos!

ESCENA V.

DICHAS. PETERS.

PETERS. Ah! ya era tiempo! me estaba helando en ese corredor... (*Adelaida le señala á Sofia.*) Qué veo! es posible! es ella! (*Dirigiéndose á ella.*)

SOFIA. Caballero! (*Con dignidad.*)

PETERS. Perdonad; pero la satisfaccion, la sorpresa... (*Aparte.*) Cáspita! y qué linda está!

ADELAIDA. Te presento á uno de mis súbditos.

SOFIA. Pero yo he prohibido espresamente...

PETERS. No os enfadeis por eso. (*Aparte.*) La verdad es que está muy bonita! (*Mirando á las dos.*) Dios mio! Dios mio! Héme aqui otra vez entre las dos como en el convento. (*A Sofia.*) Y qué tal os ha ido en estos cinco años?

SOFIA. (*Retrocediendo.*) A la verdad!... (*Aparte.*) No sé lo que haga!

ADELAIDA. Já, já, já! Vaya! No temas nada: es el mismo Peters que tú conociste; en nada ha variado.

PETERS. (*Suspirando.*) Es verdad! en nada!

ADELAIDA. Solo que ha logrado vencer su indecision en cuanto á nuestro amor, y en el dia soy yo la preferida.

PETERS. (*Con energía.*) Eh? quién os ha hecho creer tal cosa? Eso no es cierto. Vos me haceis rabiar mucho, y deseaba encontrar una ocasion de vengarme, y la encontré. (*Señalando á Sofia.*) La encontré.

SOFIA. (*Estremeciéndose.*) Dios mio!

ADELAIDA. Infiel! (*A Peters.*)

PETERS. Sí señora; á vos es á quien amo, á quien he amado siempre y á quien... (*Interrumpiéndose y acercándose á ella con mucha amabilidad.*) Y qué tal vamos desde hace cinco años?

ADELAIDA. Já, já, já!

SOFIA. (*Rie á su pesar.*) Ah! callad!

ADELAIDA. Vamos! sentémonos á la mesa: tengo que separarme de tí á la una.

PETERS. (*Aparte con rabia.*) Pues! á la una de la noche! para ir á buscar al otro! (*Alto.*) Ea! cenemos. (*Se va á sentar.*)

SOFIA. Deteneos, Peters, yo no puedo esplicaros el motivo, pero es preciso que salgais de aqui al momento.

ADELAIDA. Seria capaz de escalar la casa por volver otra vez: ya le conoces.

SOFIA. Pero si supiéseis...

PETERS. (*Cortado.*) Señora, yo... Yo no deseo mas que serviros.

ADELAIDA. Bien dicho: será mi page. (*A Sofia.*) Nada tienes que replicar á esto, la reina lo manda.

SOFIA. La reina?

ADELAIDA. De Egipto.

SOFIA. Dices bien; no, servirás de page... ahí... de pie.

ADELAIDA. (*A Peters.*) Sed nuestro Ganimedes. (*Presentando un vaso á Peters.*) Por nuestros recuerdos.

SOFIA. Por nuestra amistad. (*Peters no oye nada de cuanto pasa, y no hace mas que contemplar á Sofia.*)

PETERS. (*Aparte.*) Está mucho mas linda! no hay comparacion!

ADELAIDA. Y ahora, hablemos con franqueza; la madre abadesa no vendrá á reñirnos. (*Notando que Sofia está inquie-*

ta.) Pero qué tienes? estás triste! acaso te asusta la idea de cenar con una reina? Bá! es cierto que tengo mi corte, mis súbditos, mis aduladores...

SOFIA. (*Aparte.*) Como yo!

ADELAIDA. (*Con gravedad cómica.*) Pero tú, querida, que no eres mas que una simple mortal, no puedes conocer cómo lastima una corona, cuántos sinsabores la acompañan!

SOFIA. Qué dices?

ADELAIDA. Tú no sabes lo que es estar celosa de un rey!... (*Movimiento de Sofia.*) de ese público tan inconstante, tan caprichoso! Y es natural! como todos le adulan y se disputan sus favores...

PETERS. Oh, sí! (*Se sienta á la mesa: Sofia le echa una mirada, y él se levanta confuso y cortado.*)

SOFIA. Adelaida!

ADELAIDA. Tu posicion parece brillante! Cómo varian los tiempos! Cuando yo estaba en el convento era rica, un porvenir lisongero se abria delante de mi... y ya ves cuál ha sido al fin mi fortuna.

SOFIA. Qué dices? (*Alargándole la mano.*)

ADELAIDA. Tú al contrario, estabas pobre y habias perdido todas tus esperanzas. Pero mas vale así: yo tambien seré rica algun dia, y vengaré á nuestro pobre Peters de su desdichada suerte.

PETERS. Gracias, gracias! yo no necesito nada de vos.

SOFIA. No ha logrado progresar?

ADELAIDA. Su flauta le proporciona mas honra que provecho.

PETERS. (*Con orgullo.*) Á mí me basta la honra. (*Variando de tono.*) Despues si la acompañan los florines... me resignaré.

ADELAIDA. Si pudiéramos lograr que le dieran una plaza entre los músicos del rey...

PETERS. Del rey! nunca! yo no quiero servir á S. M.

SOFIA. Y por qué, Peters? si el mismo rey os ofreciera...

ADELAIDA. Has de saber que tiene celos.

SOFIA. Celos del rey?

PETERS. Sí, celos, porque bien mirado, es una accion indigna, venir á perjudicar á un pobre mozo que no tiene como él otros medios de distraccion... que no tiene otro amor...

SOFIA. Ah!

ADELAIDA. Está loco.

SOFIA. Pero qué amor es ese? á quién ama el rey? (*Aparte.*) Bien me lo decia el corazon.

ADELAIDA. No sabe lo que se dice.

PETERS. Sí tal, sí tal! es una actriz del teatro.

SOFIA. Del teatro!

PETERS. Y la está esperando esta noche.

SOFIA. Qué decís?

ADELAIDA. Peters!

PETERS. No, no callo!

SOFIA. (*Aparte.*) Con que es cierto? me engaña!

ADELAIDA. Qué tienes, Sofia?

SOFIA. Nada, nada! Dime, conoces tú á esa muger?

ADELAIDA. Te tomas un interes por eso...

SOFIA. Sí, por la reina á quien engaña, y de quien se atreve á sospechar.

ADELAIDA. Será posible!

PETERS. Es muy mal hecho.

SOFIA. Pero quién es esa actriz, Adelaida?

PETERS. Yo os lo diré.

ADELAIDA. Silencio, Peters!

SOFIA. (*Mirando á Adelaida.*) Adelaida! oh! no me atrevo á creerlo.

ADELAIDA. Pues bien; sí, aunque hayas de despreciarme, aunque deba separarme de tí para siempre, todo te lo contaré.

SOFIA. No, Adelaida! no puedes decirme mas de lo que yo he adivinado; pero antes de que nos separemos, es preciso tambien que yo te revele mis secretos.

ADELAIDA. Acaba! (*Aparte.*) No sé qué temo!

SOFIA. Vas á saberlo todo: ya que vas á separarte de mí, no temo que el respeto venga á turbar tu alegria y tu amistad.

ADELAIDA. El respeto!

SOFIA. (*Con bondad.*) Sí, reina de Egipto! Yo era digna de sentarme contigo á esa mesa: yo tambien he trocado mi corona de flores por una corona de reina. Yo en fin, soy....

PETERS. Actriz? (*Acercándose con familiaridad.*)

SOFIA. (*Descubriendo su corona real.*) Soy la reina de Inglaterra!

ADELAIDA. (*Dando un grito.*) La reina!

PETERS. Ah, ah! (*Sofocado.*) Qué es lo que yo he hecho! las

piernas se me doblan. (*Se deja caer en una silla, y vuelve á incorporarse rápidamente.*)

SOFIA. Y ahora, adios! sé mas dichosa que yo lo soy! Plegue á Dios que no encuentres sino corazones fieles!

ADELAIDA. Sofia!

SOFIA. Apresúrate! la hora se acerca.

ADELAIDA. Oh! por piedad, por piedad! perdon! (*Arrodillándose.*)

SOFIA. Qué haceis?

ADELAIDA. Yo soy la causa de esas lágrimas; pero os juro que no soy culpable.

SOFIA. Dios mio! Dios mio!

UNA VOZ. (*Dentro.*) El rey!

SOFIA. Ah!

PETERS. El rey!

SOFIA. Dejadme : salid todos de aqui; que él no sepa nada. (*Aparte.*) Oh! no he amado nunca mas que á ingratos. (*Vase por la derecha.*)

ADELAIDA. Sofia! yo repararé todo el mal que la he causado.

PETERS. Si el rey llega á saber que yo me he permitido con su esposa... no hay remedio, me manda ahorcar inmediatamente.

ADELAIDA. Salid de aqui: dejadme.

PETERS. No deseo otra cosa.

ADELAIDA. Pronto! (*Peters se va por la izquierda: Adelaida cierra la puerta.*) El rey! ah! yo le amaba y aun en este momento no sé lo que pasa en mi corazon. Sofia! yo repararé todo el mal que te he causado. Dios sabe que sin quererlo.

PETERS. Se me ha olvidado coger mi sombrero. (*Saliendo por la puerta de la izquierda: en el momento mismo se abre la del fondo, y se oye cerca la voz que anuncia el rey.*)

UNA VOZ. El rey!

PETERS. Ah! (*Se oculta tras de la cortina de la ventana de la derecha.*)

ESCENA VI.

JORGE. ADELAIDA. *Luego* PETERS.

JORGE. Me ha burlado, pero yo me vengaré. (*Furioso y sin verla.*)

ADELAIDA. (*En voz alta y sin mirarle.*) Es una infamia de que pediré venganza.

JORGE. Eh? quién está aquí? Adelaida!

ADELAIDA. (*Fingiendo sorpresa.*) Ah! sois vos?

JORGE. Cómo estais aquí?

ADELAIDA. Al cabo os presentais, caballero.

JORGE. Caballero! Pues no sabe...

ADELAIDA. Esplicadme cómo...

JORGE. Silencio... no digais...

PETERS. (*Asomándose.*) Si ve mi sombrero, soy hombre perdido.

JORGE. Imprudente! qué venís á hacer aquí? quién os ha traido?

ADELAIDA. Vos me lo preguntais! Pues y el coche que fue á buscarme al teatro, y la seña vuestra? «Amor.»

JORGE. Hablad bajo... Ese coche debia llevaros á la partida de caza.

ADELAIDA. Pues me ha traido aqui.

JORGE. Y yo entretanto os estaba esperando!

ADELAIDA. Por mas que les decia «os equivocais, la cita es en el bosque...»

JORGE. Torpes! No os ha visto nadie?

ADELAIDA. Nadie.

PETERS. (*Aparte.*) Cómo cojeria yo mi sombrero?

JORGE. En ese caso... salgamos de esta sala.

ADELAIDA. No es esto decir que yo no haya visto... mientras ellos han ido á buscaros...

JORGE. Qué?

ADELAIDA. Creo que á vos puedo confiároslo.

JORGE. Hablad. (*Con impaciencia.*)

ADELAIDA. (*Bajando la voz.*) Decidme, hay alguna muger en esta casa?

JORGE. Una muger? sí... varias hay. Por qué me lo preguntais?

Adelaida. (*Sonriéndose.*) Porque... he venido á perturbar un dulce coloquio.

Jorge. Cómo? (*Peters se acerca de puntillas á la mesa donde está su sombrero.*)

Adelaida. Sí: figuraos que me dejaron sola en una galería, y no pudiendo contener mi impaciencia me acarqué á esa puerta, y al abrirla vi que se escapaba de aqui una dama muy elegante. (*Señalando á la puerta del cuarto de la reina.*) Por ahí.

Jorge. Por ahí.—Ah! (*Con cólera. Peters que iba á cojer ya su sombrero, se asusta y se esconde rápidamente tras de la mesa. Adelaida lo ve.*)

Peters. Oh! (*Se esconde.*)

Adelaida. (*A Jorge.*) Qué teneis?

Jorge. Nada, nada, continuad. Y habeis visto bien á esa dama?

Adelaida. Solo de espaldas; pero lo que es al jóven le ví bien, y estoy segura de conocerlo.

Jorge. Un jóven rubio, alto, con una banda?

Adelaida. El mismo. Le conoceis?

Jorge. (*Agitado. Aparte.*) El conde! Por eso me instaba á que partiese con tanto afan. Adelaida, lo que me habeis dicho no puede ser cierto. Me engañais!

Adelaida. Mirad su sombrero, que se dejó olvidado sin duda al escapar. (*Enseñándole el sombrero de Peters.*)

Peters. (*Aparte.*) Mi sombrero! Qué es lo que está diciendo esa muger?

Jorge. Cielos! qué es esto? (*Al dirigirse al sombrero, y cogiendo el pañuelo de Sofia.*)

Adelaida. (*Riendo.*) Un pañuelo! De la dama sin duda.

Jorge. (*Examinándolo y aparte.*) De Sofia.

Adelaida. Ja, ja! Qué chasco!—Pero no digais á nadie....

Peters. (*Asomándose y aparte.*) No tengo una gota de sangre en las venas! Ah! (*Se oculta.*)

Adelaida. Y tiene marca?—alguna cifra—á ver... mostrádmela.

Jorge. Pero estais segura de que?...

Adelaida. De que les he hecho mala obra? Pobres amantes! se habian citado para cenar juntos.... ya veis! una cena misteriosa... con dos cubiertos.

Jorge. (*Exaltándose.*) Sabeis que lo que me habeis dicho es horrible! Oh! le costará la vida al infame.

PETERS. (*Mostrándose pálido y aparte.*) Quisiera salir de aqui... no me siento bueno.

ADELAIDA. Dios mio! qué agitado estais! Salgamos de aqui: venid.

JORGE. Y ella! Ella perderá su libertad.

ADELAIDA. Pero qué os pasa? Me dais miedo! Acaso he cometido alguna indiscrecion? Conoceis á esa muger?

JORGE. Tal vez.

ADELAIDA. Dios mio! Será acaso la vuestra?

JORGE. Callad! callad!

ADELAIDA. Sí; todo lo comprendo: me estabais engañando. Me habíais dicho que erais libre, y que podíamos amarnos!...

JORGE. Silencio!

ADELAIDA. (*Alzando la voz.*) Cuál es vuestro nombre, caballero? Quién sois? Decid.

JORGE. Van á oiros, y...

ESCENA VII.

DICHOS. SOFIA.

SOFIA. Qué es esto? Qué gritos!...

JORGE. Señora!

ADELAIDA. (*Dando un grito.*) Ah!

PETERS. (*Asomándose sin ser visto.*) Oh!

SOFIA. Querreis esplicarme...

JORGE. (*A Adelaida.*) Dejadnos solos.

ADELAIDA. Permítame V. M. que en eso no le obedezca.

JORGE. Qué oigo! sabíais...

ADELAIDA. (*Con respeto.*) Nada sé de eso, hasta que me hayais concedido mi perdon por el modo algo fuerte... algo plebeyo con que os he tratado, haciéndoos probar el tormento de los celos.

SOFIA. Al rey?

JORGE. (*Aparte á Adelaida.*) Adelaida!

ADELAIDA. (*Conteniéndose.*) Ahora comprendereis todo lo que ha sufrido el corazon de una pobre joven... un angel que creia que erais infiel á su amor.

JORGE. (*Con impaciencia.*) Señora!...

SOFIA. Jorge!

ADELAIDA. Sin embargo, no ha sucedido esto... (*Aparte á Jorge.*) Aunque lo habeis pretendido. (*Movimiento del rey.*) (*Acercándose á Sofia.*) Y puedo acercarme sin remordimiento á mi antigua compañera de colegio.

JORGE. No sabeis que es la reina?

ADELAIDA. Nada ignoro. (*Sacando un billete.*) La reina de Inglaterra ha querido honrar á su mesa á la reina de Egipto, y yo no he debido escusar tan grande honor prefiriendo semejante cita á una partida de caza.

JORGE. (*Aparte.*) Gran Dios! (*Alto.*) Os creo, Adelaida; no sabeis qué peso me habeis quitado del corazon! Pero ese hombre... ese hombre que habeis visto huir, y cuyo sombrero ha quedado aqui?..

SOFIA. No os entiendo!

ADELAIDA. Acaso nos está escuchando, y creo que me concedereis su indulto, sobre todo si os lo pide en su lenguage. (*Se oye tocar una flauta debajo de la mesa.*)

JORGE. Qué oigo?... ahí? (*Adelaida se acerca á la mesa, levanta el tapete y pone el sombrero á Peters que estará arrodillado y tocando.*)

SOFIA. Peters! (*Jorge y Sofia sueltan la carcajada.*)

ADELAIDA. El mismo: mi caballero, mi page y mi marido.

JORGE. Vuestro...

PETERS. (*Levantándose.*) Es posible?

SOFIA. (*A Adelaida.*) Qué dices?

ADELAIDA. Sí, le amo... á nadie amo ya sino á él.

PETERS. Ya sabia yo que vendria á parar en esto.

JORGE. (*Aparte.*) Su marido! (*Sofia se acerca y da la mano á Adelaida que se la besa.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. CRAMMER.

CRAMMER. (*Asomándose á la puerta de la izquierda.*) Puedo entrar?

JORGE. Crammer!

ADELAIDA. Vos aquí!

CRAMMER. Me habian encerrado; pero salté por la ventana. Quiero que V. M. oiga el himno en *sol* mayor. Es magnífico!

JORGE. Bien, bien.

CRAMMER. Yo lo creo que está bien! Oid... la, la, la!

SOFIA. No; mañana será, señor maestro de capilla; porque el rey os ha concedido este título, y por lo tanto nos seguireis á Londres.

CRAMMER. A Londres? (*Mirando á Adelaida.*) Perdonad; pero...

ADELAIDA. Podeis aceptarlo: yo parto para Viena con mi marido.

CRAMMER. Ba!... el alcornoque de mi sobrino!

PETERS. Sí, tio mio, soy su marido!

SOFIA. Vas á ausentarte!

JORGE. Y á olvidar á vuestros amigos.

ADELAIDA. No: en mis viages y en mis triunfos llevaré siempre un recuerdo sagrado, la corona de flores que trocasteis por la mia. (*A Sofia.*)

SOFIA. Coronás sencillas que tenian menos espinas que las que ahora llevamos!

JORGE. (*A Sofia.*) Oh! la tuya no las tendrá en adelante. (*Aparte.*) Confieso que tuve miedo!

PETERS. (*En el mismo tono.*) Ni la tuya! te lo juro.

CRAMMER. Al fin se ha cumplido la mision del pobre viejo! Ya era tiempo. Te dejo casada, hija mia... yo me quedo á ser maestro de capilla; pero te veo partir con envidia.... porque, ay! la vida del teatro es encantadora.

ADELAIDA. Sí, cuando el público nos aplaude.

FIN DE LA COMEDIA.



ia.
dana.

le una madre.
ias del diablo.
on dos puertas.

fetones.
dado.
.
interés.
vuelvo.
adre.
Bilbao.

ulina.
palo.
uda y casada.
ute
Médicis.
o de industria.
l. leñador.
Belle-Isle.

y la huérfana.
l hambre.
to.
ion de los inocentes.
losos.
s del rey de Prusia.
de Castro.
e de bien.
da.

de familia.
ura de Carlos II.
ra.
r flamenco.
io privado.
a de Alby.
a.
bleza.
rez y Felipe II.

ga sus gravios.

obrar el cetro.
os despues.
ovicio.

.
cieguecita.
ios.
el encojido.
cas.

del Godo.
razon la espada.
de Guadalajara.
del rey D. Sancho.
de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro m... or.
Adel el Ze...
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La politico-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hosteria de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende
La escuela de los periodistas.
Por él y por mi.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.
Pedro Fernandez.
El [illegible]
Los [illegible] enemigos del alma.
Ban[illegible]a.
La c[illegible] marfil.
La p[illegible]bre.
La [illegible] del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático [illegible] comedias
[illegible]
Ju[illegible]
Per[illegible]
El [illegible]
El [illegible]
La [illegible]
La v[illegible]
Beltr[illegible]
Españ[illegible] todo.
La accion de Villalar.

Ademas de las comedias espresadas se han publicado cuarenta hasta hoy 20 de mayo de 1845, cuyos títulos y precios constan en los catálogos que se dan gratis en las librerías que se citan.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 500 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina,** á 160 rs.
60 idem del **moderno español,** á 20 rs. cada uno.
30 idem del **estrangero,** á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alcoy, Marti Roig.--*Alicante,* Ibarra.--*Almeria,* Alvarez.--*Badajoz,* Viuda de Carrillo.--*Baeza,* Alhambra.--*Barcelona,* Piferrer.--*Bilbao,* Garcia.--*Burgos,* Arnaiz.--*Cáceres,* Burgos.--*Cadiz,* Moraleda.--*Córdoba,* Berard.--*Coruña,* Perez.--*Cuenca,* Mariana.--*Granada,* Sanz.--*Habana,* Urban Ramos.--*Huelva,* Reyes Moreno.--*Jaen,* Calle.--*Jerez,* Bueno.--*Leon,* Miñon.--*Lérida,* Sol.--*Logroño,* Verdejo.--*Lugo,* Pujol.--*Málaga,* Aguilar.--*Murcia,* Gisbert.--*Orense,* Novoa.--*Oviedo,* Longoria.--*Palencia,* Santos.--*Palma,* Gelabert.--*Pamplona,* Erasun.--*Ronda,* Moreti.--*Salamanca,* Oliva.--*Santander,* Riesgo.--*Santiago,* Rey Romero.--*San Sebastian,* Baroja.--*Sevilla,* Caro Cartaya y Calvo Rubio.--*Talavera,* Fando.--*Tarragona,* Mallot.--*Valencia,* Navarro.--*Valladolid,* Hijos de Rodriguez.--*Vitoria,* Ormilugue.--*Zamora,* Escobar y Pimentel.--*Zaragoza,* Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
[M]emorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
[A]rte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.